

EL LUGAR DEL
TRABAJO
DOMÉSTICO
Y CAMPESINO EN
LA ACUMULACIÓN
DEL CAPITAL



33

MARX

x

BARTRA



UNA SELECCIÓN DE
**TEORÍAS SOBRE
PLUSVALÍA** DE
KARL MARX Y UN
ENSAYO INTRODUCTORIO
DE ARMANDO BARTRA.



Karl Marx

MARX x BARTRA

EL LUGAR DEL
TRABAJO DOMÉSTICO
Y CAMPESINO
EN LA ACUMULACIÓN
DEL **CAPITAL**

UNA SELECCIÓN DE
*TEORÍAS SOBRE
PLUSVALÍA*
DE KARL MARX
Y UN ENSAYO
INTRODUCTORIO
DE **ARMANDO
BARTRA.**

La **Colección Escuela de Cuadros** es una iniciativa editorial mancomunada entre el proyecto para la promoción de la lectura y formación política **Para Leer en Libertad**, la comunidad de producción cultural contrahegemónica **Utopix** y el espacio para el estudio y el debate de la teoría marxista **Escuela de Cuadros**.



UTOPIX.CC



**ESCUELA
DECUADROS**



Distribución gratuita

Dirección de arte, ilustraciones y portada:

Kael Abello - Utopix

Diagramación:

Kael Abello - Utopix

Escuela de Cuadros:

Chris Gilbert y Cira Pascual Marquina

Visita el sitio web de la comunidad Utopix:

www.utopix.cc

Descarga las publicaciones de Para Leer En Libertad:

www.brigadaparaleenlibertad.com/libros

Visualiza los programas de Escuela de Cuadros:

www.youtube.com/escuelacuadros

Ciudad de México y Caracas, marzo de 2024

UTOPIX.CC
ESCUELA DE CUADROS
PARA LEER EN LIBERTAD

El lugar del trabajo doméstico y campesino en la acumulación del capital

Una selección de *Teorías sobre plusvalía*
de Karl Marx y un ensayo introductorio
de Armando Bartra.

COLECCIÓN ESCUELA DE CUADROS

Puedes ver el programa de Escuela
de Cuadros “El lugar del trabajo
doméstico y campesino en la
acumulación del capital” con
Armando Bartra aquí:
<https://youtu.be/72NkH1NhC3s>
o escanea el código QR:





ÍNDICE



Prefacio 9

Chris Gilbert

**Labores excéntricas: La explotación por el capital del
trabajo doméstico y campesino 15**

Armando Bartra

**Théorias sobre la plusvalía
(Selección) 57**

Karl Marx





PREFACIO



En el último medio siglo, algunos de los debates más importantes en el ámbito del marxismo han girado en torno al trabajo reproductivo. Este término engloba al trabajo, a menudo no remunerado, dedicado a la reproducción de la vida y de la fuerza de trabajo. Mayoritariamente llevado a cabo por mujeres y en condiciones opresivas, el trabajo reproductivo es la contrapartida esencial, aunque sistemáticamente desconocida y subvalorada, al trabajo dedicado a la producción de mercancías.

Aunque Marx, Engels y algunos de sus seguidores reconocieron los dos tipos de trabajo (Engels, en particular, resaltó la naturaleza dual del trabajo que implica tanto “la producción de los medios de existencia” como “la producción del hombre [*sic*] mismo”¹), fue mucho más tarde, sobre todo en los años 70 del siglo XX², cuando los trabajos en el ámbito de la reproducción social adquirieron protagonismo en las discusiones marxistas. Desde entonces, se han realizado diversos esfuerzos

1. Friedrich Engels. “Prefacio a la primera edición”, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884).

2. Margaret Benston, Silvia Federici, Mariarosa Dalla Costa hicieron importantes aportes en aquel momento. Cabe reconocer también los aportes innovadores de Mary Inman, desde el CPUSA, a partir de los años 30 del siglo XX.

por incorporar este tipo de trabajo en los análisis marxistas a fin de lograr desarrollar, por un lado, una teoría feminista marxista y, por otro, un marxismo que tome en cuenta la totalidad del trabajo. La piedra angular de este proyecto teórico, abordado desde diversas perspectivas, es ubicar la conexión entre el trabajo reproductivo no remunerado y las dinámicas de explotación, expropiación y acumulación que definen para los marxistas el metabolismo social capitalista.

Lo innovador en el ensayo de Armando Bartra que presentamos en este libro es que el autor junta la teorización del trabajo reproductivo doméstico con otra cuestión apremiante en Nuestra América: la relación que tiene la acumulación capitalista con la pequeña producción campesina. Esta última, lejos de desaparecer como predijeron Marx y Engels, sigue siendo una característica clave de las sociedades del Sur Global, incluyendo las de América Latina.

En este ensayo, Bartra aborda, apoyándose en su larga trayectoria de investigación y producción teórica, lo que es sin duda un nudo gordiano para entender el capitalismo realmente existente: ¿Cuál es la relación entre el trabajo de las aproximadamente 6700 millones de trabajadoras y trabajadores no asalariados (incluyendo mujeres que realizan trabajo doméstico, campesinos y campesinas, y autónomos) y el trabajo de las 3300 millones de trabajadoras y trabajadores asalariados? ¿Cómo se interrelacionan estas dos grandes franjas que juntas conforman la totalidad de la clase trabajadora en el capitalismo?

—

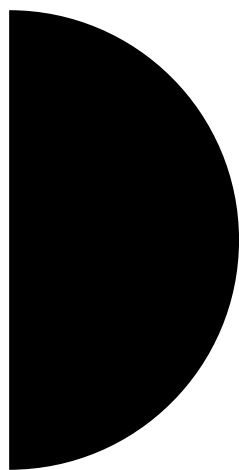
Ni una teoría económica con pretensiones de ciencia, ni un proyecto revolucionario que aspire a triunfar, puede dejar de considerar a las trabajadoras y trabajadores no remunerados, quienes prácticamente duplican en números a los asalariados a nivel global. En “Labores excéntricas: La explotación por el capital del trabajo doméstico y campesino”, Bartra propone una actualización creativa del marxismo, conjugando estas dos realidades para comprender el capitalismo actual e identificar el sujeto (o sujetos) para su necesaria superación revolucionaria.

Chris Gilbert
Escuela de Cuadros



**LABORES
EXCÉNTRICAS:
LA EXPLOTACIÓN
POR EL CAPITAL
DEL TRABAJO
DOMÉSTICO
Y CAMPESINO**

ARMANDO BARTRA







LABORES EXCÉNTRICAS



LA EXPLOTACIÓN POR EL CAPITAL DEL TRABAJO DOMÉSTICO Y CAMPESINO

Cuando las feministas empezamos a descubrir y a analizar la función del trabajo doméstico en el proceso de acumulación capitalista, algunas de nosotras... señalamos la similitud estructural existente entre las relaciones de producción del ama de casa occidental y las de los campesinos pobres... Las relaciones de producción de ambos grupos suelen ser consideradas como externas al capitalismo [pero] constituyen la base oculta y no remunerada de una prolongada reproducción del capital.

María Mies. *Patriarcado y acumulación a escala mundial*¹

1. María Mies. *Patriarcado y acumulación a escala mundial*, Traficantes de sueños, Madrid, 2019, p. 241.

En el vasto mundo del trabajo los asalariados son legión: más de tres mil trescientos millones de una población total de ocho mil millones. Pero hay dos mil quinientos millones de campesinos que con los mil doscientos millones de personas que laboran por cuenta propia rebasan con mucho a los que cobran un sueldo. Y si consideramos a los tres mil millones de mujeres niñas, jóvenes y adultas que desempeñan de manera no remunerada el setenta por ciento de los cuidados del hogar sin que esta carga se reduzca por el hecho de que un millón doscientos mil de ellas también se encuentran insertas en el mercado de trabajo, tendremos que admitir que más de dos terceras partes del esfuerzo laboral del mundo corre por cuenta de “amas de casa”, campesinos y cuentapropistas es decir de no asalariados. El problema con esto es que, para Adam Smith, David Ricardo, Karl Marx y otros clásicos de la economía política que encuentran en el trabajo el origen del valor y en la plusvalía la clave de la acumulación de capital, únicamente el trabajo asalariado puede considerarse productivo mientras que el resto es quizá socialmente útil pero económicamente nulo ¿Será?

La pregunta puede parecer irrelevante cuando en el ámbito de las ciencias sociales y en el discurso político encontramos abundantes y severos cuestionamientos de la modernidad capitalista y muchos se ocupan los males que aquejan a las mujeres, los campesinos y otros trabajadores ¿Por qué entonces regresar a autores como Marx que escribieron hace más de siglo y medio y sobre un capitalismo muy distinto al que tenemos ahora?

Quizá porque algunos de quienes se enfrentaban al capitalismo naciente sintieron la imperiosa necesidad de adentrarse en las entrañas económicas del sistema, develar el nexo estructural que articula la pobreza con la riqueza y partiendo de esto hacer la crítica radical de un orden que apenas se estaba imponiendo: un mercantilismo absoluto cuyas claves había que buscar precisamente en la producción y en la distribución. Hoy tenemos diagnósticos rigurosos que develan y denuncian el carácter clasista, racista, patriarcal, adulto céntrico y ecocida del capitalismo, sin embargo, nos interrogamos poco sobre el origen del mal, sobre su nuez, sobre su núcleo duro: si el apotegma de Proudhon: “La propiedad es un robo” nos deja insatisfechos

cuál es el truco, cuál es la maña del capital para embarnecer sin medida ni clemencia...

Porque cuestionar, repudiar, denunciar las lacras del sistema es distinto de hacer su crítica. Cuando menos desde que Immanuel Kant empleó ese término en los títulos de sus tres libros mayores sabemos que hacer la crítica no es señalar las fallas de algo o los males que ocasiona sino buscar su fundamento, descubrir su clave. Y esto es lo que se propusieron los padres de la economía política, esto es lo que hizo Marx en *El capital*, cuyo subtítulo es precisamente *Crítica de la economía política*. Sigamos pues haciendo diagnósticos airados del mal social pero no estaría de más que, de vez en cuando, nos interrogáramos sobre su origen. Y creo que la cuestión del omnipresente y cuantioso trabajo no asalariado y su presunta explotación por el capital lo ameritan.

Ciertamente el concepto de explotación es hoy menos frecuentado que cuando el marxismo era el sistema de pensamiento dominante en las izquierdas. Ahora hablamos de desigualdad y la documentamos sin preguntarnos demasiado por el núcleo duro de los mecanismos económicos que la originan, pero aun así es chocante y contraintuitivo suponer que el constatable, omnipresente y con frecuencia agotador esfuerzo laboral de quienes no perciben un salario es ajeno a la acumulación de capital, es difícil de aceptar que ese interminable y multiforme trajín no interviene en la creación de la riqueza económica. Si ensamblas autos eléctricos en una armadora de Tesla sabes que con tu trabajo haces más rico a Elon Musk, pero si eres una niña de ocho años que va por agua al pozo, trae leña y cuida a su hermanito de dos ¿a quién le estás llenando el bolsillo? ¿O eso no importa?

Que producen cosas útiles nadie lo pone en duda: de los no asalariados provienen bienes y servicios indispensables para la reproducción social, imprescindibles para la vida, pero los fundadores de la ciencia económica que desentrañaron los misterios del capitalismo naciente los excluyen unánimemente del “trabajo productivo” que reservan en exclusiva para el desempeño proletario. La cuestión es ¿por qué? Y según cual sea nuestra respuesta habrá que enmendarles la plana a los clásicos.

“Solo es productivo el trabajo asalariado que produce capital”

Una buena manera de responder a la pregunta es releer la sección titulada *El trabajo productivo y el trabajo improductivo*, que forma parte de las notas preparatorias que tomaba Karl Marx para su obra magna *El Capital* y que conocemos como *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. El texto fue escrito entre 1862 y 1863 y en él Marx dialoga con los economistas de su época y particularmente con los que encontraban en el trabajo la fuente del valor económico y en la relación asalariada la clave de la acumulación, coincidiendo con ellos en que el único trabajo productivo es el remunerado que produce mercancías.

Desde el arranque de las notas sobre el tema Marx dice que seguirá las ideas “correctas” de Adam Smith y su postura queda clara ya en el primer párrafo:

El trabajo productivo en su significado para la producción capitalista, es trabajo asalariado que, cambiado por la parte variable del capital (la parte del capital que se destina a salarios), reproduce no solo dicha porción de capital (o el valor de su propia fuerza de trabajo), sino que además produce la plusvalía para el capitalista. Solo de esta manera la mercancía o el dinero se convierten en capital, se producen como capital. Solo es productivo el trabajo asalariado que produce capital².

Así pues, según Marx, que en esto como en otras cosas concuerda con el autor de *La riqueza de las naciones*, es trabajo productivo el que compra y emplea un capital para valorizarse. En cambio, es trabajo improductivo aquel que presta exclusivamente servicios de carácter personal y se retribuye con fondos destinados al consumo final.

2. Karl Marx. *Teorías sobre la plusvalía*, Tomo I, Editorial Cartago, Buenos Aires 1974, pág. 129.

Resulta claro que en la misma medida en que el capital subyuga el conjunto de la producción –es decir que todas las mercancías se producen para el mercado y no para el consumo inmediato y que la productividad del trabajo se eleva en la misma medida– también se desarrollan cada vez más diferencias materiales entre los trabajadores productivos e improductivos, ya que los primeros [...] producirán con exclusividad mercancías, en tanto que los segundos [...] solo ejecutarán servicios personales³.

Hay que tener presente que Marx está hablando del “trabajo productivo” como concepto de la “producción capitalista”, un orden económico alrevesado donde lo que cuenta son los valores de cambio y no los valores de uso. Esto queda aún más claro cuando sostiene que la separación creciente entre el “trabajo productivo y el “improductivo” ocurre precisamente “cuando el capital domina el conjunto de la producción”.

Y si el capital aún no domina el conjunto pronto lo dominará, piensa Marx, pues la transformación de todo el trabajo productivo en trabajo asalariado es una premisa del capitalismo de la que hay que partir. Sus notas no dejan lugar a dudas: en un mundo en que se han impuesto “las relaciones esenciales de la producción capitalista [...] todas las esferas de la producción material [le] están –formal o realmente– subordinadas, todos los trabajadores [...] son asalariados y los medios de producción en todas las esferas los enfrentan como capital”. Y concluye: “Esto es lo que ocurre de manera cada vez más total ya que es la meta principal, expresa el límite del proceso [y es] cada vez más una representación exacta de la realidad”⁴. Esto es lo que viene luego esto es lo real.

3. Ibid. pág. 136.

4. Ibid. pág. 346.

El futuro autor de *El capital* ha puesto al descubierto la compulsión primaria del gran dinero y con ello la tendencia económicamente irrefrenable de un proceso que le parece fatal pues no encuentra en él factores inmanentes que pudieran contrarrestarlo o siquiera desviarlo. Pero sucede que la lógica reproductiva de la sociedad y la naturaleza, factores externos de los que el capital no puede prescindir y a los que no puede sustituir, obstaculizaron y obstaculizan esta tendencia. La subsunción ocurre, sin duda, pero ni su forma económica ni su contenido material son los canónicos. Lo que encontramos en la esfera doméstica y en la campesina es una subsunción oblicua en que las mediaciones entre trabajo y capital, sin dejar de ser férreas, son distintas a la que operan con los asalariados.

Pero en ese momento Marx no puede verlo, lo que el futuro autor de *El capital* tiene presente al distinguir lo “productivo” de lo “improductivo” es la violenta y arrasadora expansión del capital industrial sobre los diversos trabajos por cuenta propia: de los campesinos, de los artesanos, de las amas de casa y de otros prestadores de servicios que se venía desarrollando desde el siglo XVIII. Por esos años la creciente proletarización del trabajo era no sólo un hecho sino también una tendencia que parecía irrefrenable, de modo que cuando Marx sostiene que las labores no asalariadas son económicamente improductivas es decir irrelevantes para el sistema, está pensando en que constituyen una porción del trabajo decreciente y tendencialmente residual.

En el texto que nos ocupa los ejemplos que Marx pone de labores económicamente improductivas son en todos los casos trabajos domésticos: limpieza del hogar, preparación de los alimentos, arreglos de la ropa, composturas de los muebles... producción de bienes y servicios de consumo final que cuando se retribuyen —y en los ejemplos de Marx son siempre pagados— la erogación no viene de un capital sino de los ingresos de los que el contratante dispone para su subsistencia.

Estos quehaceres: trapear, lavar trastes, guisar, coser, arreglar la casa son los que por lo general hacían —y hacen— las mujeres. De modo que no hay que forzar demasiado sus dichos para llegar a la conclusión de que a mediados del siglo XIX Marx considera improductivo

el trabajo doméstico femenino. ¿Esto significa que para él media humanidad era laboralmente irrelevante? De ninguna manera, para Marx el trabajo femenino era tan importante y productivo como el masculino asalariado, pero lo era únicamente en la medida en que un número cada vez mayor de mujeres se desempeñaban como obreras.

“La familia de la sociedad capitalista es disuelta”

Y Marx lo sabía bien pues por esos años vivía en Londres, el corazón del mundo industrial, y era amigo de Friedrich Engels quien en 1845 había publicado un estudio sobre la *Situación de la clase obrera en Inglaterra* donde se documenta la creciente incorporación de las mujeres –y de los niños– en el trabajo fabril. Proletarización femenina propiciada por los empresarios pues de este modo podían reducir aún más los salarios. Escribe Engels: “En la familia en que todos trabajan, el individuo tiene necesidad de ganar mucho menos y la burguesía ha aprovechado la coyuntura para rebajar brutalmente el salario, con la ocupación y explotación de mujeres y niños”⁵ Versión que confirma H. Hayhew en el libro publicado en 1862 titulado *London Labor and London Poor* donde se refiere al “gran número de mujeres y niños que trabajan en los diferentes oficios manuales con el fin de reducir los salarios de los hombres”⁶.

En las metrópolis industriales el capitalismo estaba dismantelando la familia tradicional y erosionando el trabajo doméstico proverbialmente femenino en la medida en que las mujeres se incorporaban cada vez más al trabajo fabril. “La ocupación de la mujer en La fábrica disuelve por fuerza, completamente a la familia, y tal disolución tiene en la actual condición de la sociedad –condición que reposa en

5. Friedrich Engels. *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Editorial Futuro, Buenos Aires, 1965, pág. 91.

6. Citado en E.P. Thompson. *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra: 1780-1832*, Laya, Barcelona, 1977, pág. 97.

la familia— las consecuencias más desmoralizadoras”⁷, escribe Engels y más adelante habla del “total enterramiento de la familia obrera”⁸ y ratifica: “La familia de la sociedad capitalista es disuelta”⁹.

A veces sucede que son las esposas asalariadas quienes sostienen al marido y los hijos. Lo que a Engels le parece aberrante: “Son estas condiciones las que castran al hombre y roban a la mujer su femineidad, sin que esté en su poder el dar al hombre una real femineidad ni a la mujer una real masculinidad [Son] condiciones que degradan a los dos sexos y con ellos a la humanidad”¹⁰.

Pese a que le parece que “el originario dominio del hombre sobre la mujer debe ser inhumano”¹¹, lo que Engels reclama cuando menos en ese momento es el regreso de las mujeres a los trabajos domésticos. Y al respecto cita un informe de Hawkins, comisario de Lancashire: “Las muchachas [...] no tienen el medio ni el tiempo ni la ocasión de aprender los más comunes deberes de la vida doméstica [...] La madre está lejos del niño más de doce horas al día. [Se] puede por esas y otras razones, especialmente por amor a la vida de los niños, desear solamente y esperar que ‘pueda venir el tiempo en que las mujeres casadas sean excluidas de las fábricas’”¹².

*“Que pueda venir el tiempo en que las mujeres casadas
sean excluidas de las fábricas”*

Y lo fueron. Conforme embarnece el régimen industrial capitalista las mujeres comenzaron a regresar a sus hogares y en las fábricas ya no se vieron niños obreros de cinco o seis años ni madres trabajando y al tiempo que amamantaban. Pero no fue “por amor a la vida”

7. Engels, *ibid.*, pág. 148.

8. *Ibid.*, pág. 149.

9. *Ibid.*, pág. 151.

10. *Ibid.*, pág. 150.

11. *Ibid.*, pág. 151.

12. *Ibid.*, pág. 152.

sino porque la sobreexplotación estaba acabando literalmente con la clase obrera y poniendo con el riesgo la creciente provisión de trabajadores que demandaba la expansión de la industria. “No dudamos en afirmar que los sufrimientos de las clases trabajadoras, y por consiguiente la tasa de mortalidad son mayores ahora que en tiempos anteriores. Ciertamente en la mayoría de los distritos fabriles la tasa de mortalidad [...] es pura y simplemente aterradora [...] La realidad es que la clase más numerosa puede haberse estancado e incluso sufrir un proceso de deterioro”¹³ escribía preocupado el encuestador de G. C. Holland en el libro *The Vital Statistics of Sheffield, 1843*.

De ahí que en vez de la proletarización universal sin distinción de sexos que pronosticaba Marx —y que alarmaba a Engels porque “disolvía a la familia obrera”— lo que en realidad se impuso fue una división del trabajo: los hombres a la fábrica y las mujeres al hogar, ellos a la “producción” y ellas a la “reproducción”.

Las funciones proverbialmente femeninas: engendrar hijos y atender el cúmulo de labores domésticas, “fueron directamente puestas al servicio de la acumulación capitalista”, escribe Silvia Federici en *Calibán y la bruja*. “El cuerpo femenino —continúa— fue transformado en instrumento para la reproducción del trabajo y la expansión de la fuerza de trabajo [...] aspecto de la acumulación originaria que está ausente en el análisis de Marx”¹⁴.

Enclaustradas en la domesticidad, atrapadas en el hogar proletario las mujeres padecieron también la desvalorización de labores que en el mundo artesano y campesino eran reconocidas y estimadas. Porque si bien en el viejo orden los trabajos masculinos y las labores femeninas tenían distinta relevancia social, se entendía sin embargo que unos y otras contribuían al sostenimiento de la familia, en cambio en el mundo de los valores de cambio solo el trabajo asalariado que produce mercancías y alimenta al capital, es visto como productivo; los otros esfuerzos no son trabajos sino simple quehacer, quizá necesario, pero puramente reproductivo.

13. Thompson. *Ibid.* pág. 213.

14. Silvia Federici. *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Pez en el árbol, ediciones, México, 2013, pág. 159, 160.

Los trabajos llamados reproductivos hacen que se mueva el mundo y son cuantiosos, pero para el pensador que más aportó a la reivindicación del trabajo y de los trabajadores se trata de labores económicamente improductivas. lo que significa que no participan en los procesos de valorización y acumulación de capital, es decir que no producen plusvalía y quienes las desempeñan quizá consumen en ellas todas sus energías y talentos, pero no son explotados.

Dije ya que Marx podía –sin ruborizarse– calificar a los trabajos y servicios domésticos de improductivos porque le parecían menzures y residuales. Sin embargo, no se le escapaba que en muchos casos los bienes que producen son idénticos a otros que elaboran trabajadores asalariados, que sí cobran la forma de mercancías y que son productivos pues reportan plusvalía a los patrones.

Aunque el capital haya conquistado la producción material, y por tanto, en general haya desaparecido la industria doméstica [...] que crea valores de uso en forma directa, para el consumidor [Es claro que] la costurera a quién hago venir a mi casa a coser camisas, o los obreros que reparan muebles, o la criada que frota y limpia la casa, o el cocinero que da a la carne y otras cosas su forma comestible fijan su trabajo en una cosa y en realidad aumentan el valor de dicha cosa, tal como la costurera que cose en una fábrica, el mecánico que repara una máquina, los trabajadores que la limpian o el cocinero que cocina en un hotel como asalariado de un capitalista. [Así que] en potencia estos valores de uso son mercancías [...] en potencia estas personas también han producido mercancías y agregado valor a los objetos que trabajaron. Pero se trata de una muy pequeña categoría entre los trabajadores improductivos...¹⁵.

15. Marx. *ibid.*, pág. 39.

Coser, limpiar, arreglar la casa, cocinar son trabajos iguales a los que otros asalariados no domésticos producen en forma de mercancías que al venderse generan ganancias. Si compro ropa de fábrica sé que en el precio van las utilidades del empresario, si como en un restaurante sé que en la cuenta van la ganancia del restaurantero, si llevo mi ropa sucia a la lavandería sé que en mi pago va el beneficio que corresponde al dueño del establecimiento. Pero cabe preguntarse: si la costura, la comida y el lavado son labores hechas en casa por una empleada a la que le pago o por algún miembro de la familia que no cobra, pero cuya subsistencia es parte de los gastos del hogar ¿hay valor y quizá plusvalor en estos bienes y servicios? Y si los hay ¿dónde van a parar? Si trabajo en una fábrica de ropa, en una lavandería, en un restaurante... sé que el patrón vive a mis costillas. Si hago exactamente los mismos trabajos, pero para mi marido y mis hijos ¿también me explotan? ¿quién? ¿cómo?

El que en el “enorme arsenal de mercancías” que es la sociedad capitalista haya algunas que siendo idénticas a las otras son sin embargo sólo “potenciales” pues las producen trabajadores “improductivos”, no inquieta demasiado a Marx pues como dice “se trata de una muy pequeña categoría”. Pero a nosotros sí nos importa y mucho porque en realidad se trata de lo que hacen dos terceras partes de la población mundial, lo que incluye a casi todas las mujeres y a los campesinos.

“El ama de casa y su trabajo no se sitúan fuera del proceso de producción de plusvalía”

En 1972 la feminista Mariarosa Dalla Costa publica el libro titulado *El poder de las mujeres y la subversión de la comunidad*, donde sostiene que “El salario controlaba una cantidad de trabajo mayor que la que aparecía en el convenio de fábrica” pues incluía el trabajo doméstico de las mujeres que no solo producía valor de uso sino también valor de cambio, pero que sin embargo “aparecía como un

servicio personal, fuera del capital”¹⁶. Años después otra feminista, María Mies resumiría así la propuesta de Mariarosa: “El ama de casa y su trabajo no se sitúan fuera del proceso de producción de plusvalía, sino que constituyen el cimiento básico sobre el que da comienzo este proceso de producción”¹⁷.

Así las feministas cercanas al marxismo que no querían renunciar a la crítica del capitalismo formulada por Marx le enmiendan sin embargo la plana al autor de *El capital* en un tema vital: la explotación del trabajo doméstico que ellas ven como trabajo económicamente productivo.

No les basta sin embargo postularlo, es necesario esclarecer la dinámica económica subyacente que para Dalla Costa y quienes en ese momento la siguen es muy simple: “lo que el ama de casa produce dentro de la familia no es tan solo valor de uso sino la mercancía ‘fuerza de trabajo’ que el marido puede vender posteriormente como trabajador asalariado”¹⁸. La consecuencia práctica son luchas por su remuneración como el Movimiento por un Salario para el Trabajo Doméstico que en los años setenta, cobra fuerza en Estados Unidos¹⁹.

El que el trabajo doméstico mayormente femenino sea reconocido como trabajo y en consecuencia sea asumido y retribuido por el Estado a través de servicios y gasto público, es sin duda una demanda legítima. Pero el problema conceptual subsiste, pues la fuerza de trabajo no se “produce” como mercancía, sino que las personas son forzadas a “transformar” en mercancía sus energías y talentos vueltos fuerza de trabajo, porque expropiadas de sus medios de producción no pueden ejercerla por cuenta propia. La reproducción de los seres humanos no es una producción fabril, no es un proceso ca-

16. Mariarosa Dalla Costa y Selma James. *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*, Siglo XXI, México, 1975, pág. 32.

17. Mies. *Patriarcado y acumulación a escala mundial*, Traficantes de sueños, Madrid, 2019, pág. 84

18. Ibid.

19. Federici. *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, Mapas, Madrid, 2013, págs. 71-90.

pitalista; en las usinas se fabrican zapatos, automóviles, celulares... no personas.

La generación y regeneración de los seres humanos —un proceso social complejo y sutil en que se combinan además de la biología múltiples quehaceres, saberes y afectos— es como el milagro de la vida, un misterio insondable para el capital, un agujero negro en la economía, un lugar donde no rigen las leyes del mercado. Y es que los humanos somos los únicos seres capaces de ir mas allá de nosotros mismos, los únicos capaces de gestar un plus de ser cuyo efecto económico es la plusvalía. El fondo de la plusvalía es metafísico y el capital se la embolsa, pero no puede explicarla.

Ciertamente en el capitalismo las familias son patriarcales, por lo general el marido oprime a la mujer y se desvalorizan los quehaceres femeninos, pero aun así los grupos domésticos no son fábricas donde se produce mano de obra con trabajo mujeril impago. Lo que no nos exime de explicar cómo es que el trabajo de las mujeres que ahí se realiza produce plusvalía y cómo ésta fluye hasta el capital y sirve a la acumulación.

Y me parece que la respuesta está en Marx. El trabajo doméstico no produce fuerza de trabajo porque esta no puede ser producida en el sentido capitalista del término, pero si produce bienes y servicios del todo semejantes a los que se fabrican en las empresas capitalistas. Bienes y servicios que con otros que también consume la familia y son plenamente mercantiles definen el precio de la fuerza de trabajo: el monto que el capitalista debe pagar para que ésta pueda reproducirse.

Del salario obrero viven bien que mal todos los miembros de la familia, de modo que directa o indirectamente los bienes y servicios domésticos se “pagan”. Pero su “precio” es menor del que tendrían en el mercado, pues los que se compran en las tiendas contienen la ganancia del fabricante y los hechos en casa no. Subvaloración de los bienes y servicios domésticos que le permite al patrón reducir el salario del obrero. Y de este modo el capital explota a sus asalariados y explota a las mujeres de sus asalariados.

Al principio la estrategia de los empresarios para reducir el salario obrero fue poner a trabajar en la fábrica a toda la familia. Cuando esto resultó insostenible cambiaron la estrategia: dejaron al obrero en la fábrica y pusieron a trabajar en su manutención al resto del grupo doméstico. Lo realice en la fábrica o lo desempeñe en el hogar el trabajo de la mujer sirve a la valorización del capital, lo que significa que es productivo y es explotado. “En la familia en que todos trabajan –escribió Engels– el individuo tiene necesidad de ganar mucho menos y la burguesía ha aprovechado la coyuntura para rebajar brutalmente el salario, con la ocupación y explotación de mujeres y niños”²⁰. Cuando se “rebaja brutalmente el salario” poniendo a trabajar a la familia no en la fábrica sino en el hogar ¿ya no hay “explotación de mujeres y niños”? Claro que la hay y su aporte a la acumulación es enorme.

Los quehaceres del hogar no son los únicos trabajos no asalariados y presuntamente no productivos que se perpetúan en el capitalismo. Está también el de los campesinos, que como el de las mujeres es minimizado por Marx, quién sobrestimado el proceso mundial de proletarianización los considera residuales.

“El trabajo realizado por los campesinos de subsistencia”

En los años setenta del siglo pasado feministas como Mariarosa Dalla Costa, María Mies, Verónica Vennholdt Thomsen, Silvia Federici y otras activistas comprometidas con el ascendente movimiento reivindicativo de las mujeres, deciden que como parte de esta militancia es necesario repensar el lugar de la mujer en una sociedad capitalista que es ha sido y será esencialmente patriarcal. Y por esos años se escriben libros seminales como *Patriarcado y acumulación a escala mundial*, de María Mies. Pero ellas se dan cuenta de que también los campesinos del mundo están en movimiento y que la condición de los agricultores domésticos es del todo semejante al de las mujeres en el hogar. Y lo reconocen:

20. Engels. Ibid., pág. 91.

El debate sobre el trabajo doméstico que tuvo lugar entre 1973 y 1979 no incluyó otras áreas del trabajo no asalariado que también son aprovechadas por el capital dentro del proceso de acumulación. Este es particularmente el caso de todo el trabajo realizado por los campesinos de subsistencia... en los países subdesarrollados. Los debates sobre el trabajo doméstico no trascendieron el punto de vista eurocéntrico del capitalismo²¹.

Y en este punto también hay que enmendarle la plana a Marx pues igual que desestimó al trabajo doméstico de las mujeres que consideraba económicamente improductivo tampoco percibió que el trabajo campesino y artesano productor de mercancías y desarrollado en el seno del capitalismo sirve a la acumulación de capital y es tan explotado como el asalariado. En las notas que vengo comentando Marx presenta una imagen particularmente desafortunada del campesinado:

El campesino independiente... está dividido en dos personas, Como dueño de los medios de producción es capitalista; como trabajador es su propio asalariado. En consecuencia, como capitalista se paga a sí mismo su salario y extrae su ganancia de su capital; es decir se explota como asalariado, y se paga, con la plusvalía, el tributo que el trabajo debe al capital. Es posible que también se pague una tercera porción como terrateniente (renta del suelo). También es ley la de que el desarrollo económico distribuye funciones entre distintas personas, y el artesano o el campesino que producen con sus propios medios de producción se convertirían poco a poco o bien en un pequeño capitalista que también explota el trabajo ajeno, o bien sufriría

21. Mies. *Ibid.*, pág. 86.

la pérdida de sus medios de producción... Esta es la tendencia en la forma de sociedad en la cual predomina el trabajo capitalista²².

La aplicación directa de las categorías propias de la producción capitalista a un campesino que presuntamente está en vías de encarnarlas plenamente sea como explotador o sea como explotado es un ejercicio de analogía que nada explica. Y sin embargo Marx lo emplea de nuevo en el que debía ser el capítulo VI del Libro I de *El capital*, que finalmente no se incluyó. Pero ahí Marx añade otros conceptos. Veamos

Dentro de la producción capitalista ciertas partes de los trabajos que producen mercancías se siguen ejecutando de una manera propia de los modos de producción precedentes, donde la relación entre el capital y el trabajo asalariado aún no existe de hecho, por lo cual de ninguna manera son aplicables las categorías de trabajo productivo y trabajo improductivo, características del punto de vista capitalista. En correspondencia con el modo de producción dominante, empero, las relaciones que aún no se han subsumido realmente en aquel, se le subsumen idealmente. El trabajador independiente, a modo de ejemplo, es su propio asalariado, sus propios medios de producción se le enfrentan en su imaginación como capital. En su condición de capitalista de sí mismo, se autoemplea como asalariado²³.

Aquí el autor de *El capital* deja claro que los conceptos productivo improductivo en este caso no aplican. (aunque a mi juicio sería

22. Marx. *ibid.*, pág. 344.

23. Marx. *El capital. Libro I, Capítulo VI, Inédito*. Ediciones Signos, Buenos Aires, 1971, pág. 82.

mejor decir que no aplican directamente pero sí indirectamente), y plantea un problema: la producción directa está “dentro de la producción capitalista”, pero no ha interiorizado ni las relaciones económicas ni el modo material de producir propio del capital, es decir que no está “subsumida realmente” en él. Marx señala el problema, pero no lo resuelve, pues la contradicción entre estar y a la vez no estar dentro del sistema, entre ser y a la vez no ser producción capitalista no se disuelve diciendo que lo está “idealmente”, y que lo es “en su imaginación”.

La cuestión queda planteada: dentro del sistema del gran dinero se reproducen procesos de trabajo que ni formal ni materialmente se ajustan al modo capitalista de producir pero que están insertos en el mercado del que proviene parte de lo que insumen y al que va parte de lo que producen. No podemos decir que su trabajo es improductivo pues como compradores y vendedores se inscriben en los circuitos del capital, pero tampoco podemos afirmar que su labor es productiva pues hemos identificado productivo con asalariado. Declarar que la subsunción es *ideal* y que la proletarianización es *imaginaria*, como antes dijo que las mercancías producidas dentro del sistema por productores directos eran mercancías *potenciales* no responde a la pregunta.

Ya Rosa Luxemburg había cuestionado esta formulación en *La acumulación de capital*: “Es una abstracción vacía de sentido aplicar simultáneamente todas las categorías de la producción capitalista al campesinado y concebir al campesino como siendo a la vez su propio empresario, su propio asalariado, su propio propietario. La particularidad económica de los campesinos [...] reside en el hecho mismo de que no pertenecen ni a la clase de los empresarios capitalistas ni a la clase del proletariado asalariado”²⁴. Y sobre una base empírica la rechazaban también campesinistas rusos como V. A. Kosinski y A.V. Chayanov empeñados en descubrir a partir de

24. Citado en Daniel Thorner. *Una teoría neopopulista de la economía campesina: la escuela de A.V.*

Chayanov, en Santiago E. Funes. *Chayanov y la teoría de la economía campesina*. Cuadernos de pasado y presente, México, 1971, pág. 148.

trabajo de campo la racionalidad económica específica de los pequeños agricultores²⁵.

“La explotación del trabajo campesino por el capital”

Los escritos de Marx no resuelven a la cuestión planteada por él mismo porque la respuesta está en encontrar las mediaciones, un arte en que el futuro autor de *El capital* es experto pero que aquí no emplea quizá porque ve estas situaciones como residuales, como remanentes de un pasado en disolución. Pero un siglo y medio después y en un mundo en el que hay dos mil quinientos millones de campesinos más nos vale tratar de poner en claro los eslabones que encadenan a los pequeños productores directos con la acumulación de capital.

A fines de los años setenta del pasado siglo participé junto con María Mies, Verónica Vennholdt Thomsen y otras activistas y académicas en un congreso organizado por la Facultad de Ciencias Sociales de la muy estimulante y renovadora Universidad de Bielefeld en Alemania. La materia de reflexión era el feminismo y entre críticas a veces jocosas a la “teoría del falor”, como ellas llamaban a la lectura patriarcal del marxismo, salió el tema de la semejanza entre el trabajo campesino y el trabajo doméstico femenino. Ellas produjeron después numerosos y consistentes estudios sobre la inserción de las mujeres en el orden del gran dinero, mientras que yo avance en mis reflexiones sobre los agricultores domésticos, investigación que se tradujo en el libro *La explotación del trabajo campesino por el capital*,²⁶ publicado en 1979. Un estudio en el que trato de abrirme paso en lo que Marx no creyó necesario hacer pues pensaba que los productores por cuenta propia pronto serían historia: mostrar las mediaciones económicas que permiten al capital apropiarse del excedente generado por el trabajo campesino en tanto que trabajo

25. A.V. Chayanov. *La organización de la unidad económica campesina*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1974.

26. Armando Bartra. *La explotación del trabajo campesino por el capital*. Editorial Macehual, México, 1979.

productivo, es decir la forma específica de la subsunción de los campesinos en el capital.

Explico ahí que en ciertos procesos productivos: proverbialmente los trabajos del hogar y algunos cultivos, la continuidad, aceleración, especialización e intensificación mecánica del trabajo propia de las fábricas y funcional a un capitalismo que necesita aupar la rotación de lo invertido choca con la diversidad, discontinuidad, morosidad y estacionalidad propias del trabajo doméstico y de las labores campesinas. Una parte de estos procesos puede uniformarse, intensificarse y operar de manera industrial: los alimentos precocinados, los monocultivos intensivos. Otros como el cuidado de los niños y los enfermos o el manejo de se resisten a los procedimientos fabriles. Dato duro que habría que tomar en cuenta para entender la conformación actual de estos sectores.

El reconocimiento de que en determinadas tierras y cultivos la pequeña producción campesina tiene ventajas técnicas y económicas sobre la grande no tuvo que esperar a que llegara el movimiento agroecológico, era algo bien sabido desde los tiempos de Marx y un autor como John Stuart Mill le dedica cinco muy sustanciosos capítulos de sus *Principios de economía política*. Ahí, citando a Laing (*Journal of a Residence in Norway*), sostiene que: “el capital grande, cuando se aplica al cultivo, utiliza tan solo los suelos más ricos. No puede ocuparse de los pequeños pedazos de tierra improductiva que precisan más tiempo y más trabajo del que es compatible con una ganancia rápida del capital. Pero si bien el tiempo de un trabajador asalariado no puede aplicarse con beneficio en cultivos de esa naturaleza, el dueño de la tierra si puede dedicarle su tiempo y su trabajo [...] para la subsistencia”²⁷.

En páginas anteriores Mill había dicho que “nadie puede suponer que todos los productos agrícolas que el país necesita pueden obtenerse sólo en las mejores tierras”²⁸. Si ponemos las dos afirmaciones juntas la conclusión es obvia: la pequeña producción en tierras que

27. John Stuart Mill. *Principios de economía política*, FCE, México, 1978, pág. 245.

28. Ibid. pág. 175.

no permiten “una ganancia rápida para el capital”, es necesaria para satisfacer la demanda aun donde impera el capitalismo.

Otra ventaja comparativa de los campesinos frente al agronegocio es la laboriosidad, el celo, el cuidado. Dice Laing: “El trabajo minucioso sobre pequeñas porciones proporciona una productividad superior. Nuestros grandes hacendados [ni siquiera se aproximan] al cultivo tan refinado como el de un jardín y a la atención a los abonos, el drenaje y la limpieza del suelo [...] que distingue a los pequeños granjeros”²⁹.

Después de un exhaustivo recorrido por autores y regiones Mill concluye: “Como resultado del examen de la propiedad campesina... ha quedado bien establecido... que no entraña un estado imperfecto de la producción agrícola y que en algunos casos favorece el uso más eficaz de las fuerzas productivas del suelo”³⁰.

Incluso un autor convencido de la superioridad productiva de la agricultura capitalista como Karl Kautsky, en *La cuestión agraria* tiene que reconocer con K. Krämer que en algunos casos la agricultura pequeña es más eficiente que la grande: “Para ciertos tipos de cultivo el profesor Krämer afirma que es preferible la pequeña [explotación], se trata de cultivos complejos y costosos, para los cuales cada uno de los trabajos requiere un cuidado especial”³¹.

La mayor eficiencia que para determinados cultivos tiene la pequeña producción fue constatada y argumentada por muchos de modo que en algún momento de su historia el capital debía darse cuenta de que en ciertas regiones y siembras barrer con los campesinos era contraproducente. Evidencia que en pleno período neoliberal hasta el Banco Mundial admitió:

El ajuste estructural dismanteló un elaborado sistema de agencias públicas que proveía a los campesinos de acceso a la tierra,

29. Ibid. pág. 245.

30. Ibid. pág. 273.

31. Karl Kautsky. *La cuestión agraria*, Siglo XXI, México, 1977, pág. 135.

al crédito, a los seguros, a los insumos y a las formas cooperativas de producción. La expectativa de que estas funciones serían retomadas por agentes privados no ocurrió. Mercados incompletos y vacíos institucionales impusieron costos enormes, un crecimiento que se frustró y pérdidas en bienestar para los pequeños productores, amenazando su competitividad y en muchos casos su sobrevivencia... Es necesario volver a colocar este sector en el centro del programa de desarrollo³².

¿Inesperada sensibilidad social del gran banquero? No. Simple reconocimiento de lo evidente: los campesinos son, han sido y serán necesarios aún en el capitalismo más desmecatado. Cabe ahora preguntarse en qué conceptos de economía política podemos encuadrar esta aparente anomalía.

Para Marx el sometimiento del trabajo por el capital puede analizarse mediante dos conceptos distintos: subsunción formal que se refiere a las relaciones económicas: propiedad privada de los medios de producción, trabajo asalariado...y subsunción real que incluye a la formal, pero supone también la revolución de los procesos productivos. A veces a este segundo aspecto lo llama subsunción material, de modo que la subsunción real sería la convergencia de subsunción formal y subsunción material.

En el orden del tiempo la imposición de las formas económicas capitalistas: expropiación, proletarización... preceden a la revolución técnica de los procesos productivos: mecanización, división del trabajo... transformación material con la que se completa el sometimiento del trabajo al capital y tenemos una subsunción real.

Pero si la naturaleza de ciertos procesos productivos no permite una subsunción material eficiente pues ahí los procedimientos industriales resultan contraindicados –como sucede con gran parte de los trabajos agrícolas y de las labores domésticas– no tiene caso

32. Banco Mundial. *World Development Report*, 2008.

imponerles las formas económicas de la producción fabril. Y es que proletarizar los cuidados: la madre que amamanta al futuro proletario o el labriego que atiende amorosamente su huerta de café, no es rentable. En términos de subsunción diríamos que las actividades que no se pueden revolucionar técnicamente, es decir subsumir materialmente, tampoco tiene sentido imponerles las formas económicas capitalistas, es decir subsumirlas formalmente.

Tiene pues razón Marx: subsisten en el capitalismo actividades que no están directamente subsumidas en el capital. Pero decir que están “idealmente subsumidas” no explica mucho. En cambio, otros dos conceptos del propio Marx pueden darnos la clave pues en el mismo Capítulo VI inédito el autor de *El capital* nos habla de la subsunción como forma general de una sociedad y de la subsunción como forma particular de uno u otro segmento de la misma. Lo que significa que en una sociedad cuya forma general es capitalista puede haber segmentos de la misma cuya forma particular no sea directamente capitalista. Y digo directamente porque si un proceso de trabajo está inserto por todos lados en el mercado capitalista, de una forma u otra estará sometido al capital, aunque el trabajo que ahí se emplee no sea asalariado y no todo lo que ahí se produzca sea mercancía.

Tenemos entonces que las labores domésticas y los trabajos campesinos cuyas relaciones económicas internas y cuya forma de producir no son ni formal ni materialmente capitalistas, pueden estar sometidas al capitalismo si este es la forma general y dominante de la sociedad en que se insertan, configurando con esta inserción oblicua un arreglo sin duda conveniente para el gran dinero. Y si es funcional al capitalismo es previsible que tal arreglo se prolongue. Lo que efectivamente sucede: pasan los siglos y las amas de casa y los campesinos siguen ahí.

Lo que falta es explicar cómo opera esta sumisión atípica del trabajo femenino y campesino en la capital. Cómo es que lo que no fue producido como mercancía se vuelve mercancía, cómo es que el trabajo aparentemente improductivo deviene productivo, cómo es que el excedente se transforma en plusvalía... Lo que falta es explicar cómo es que el capital explota el trabajo de las mujeres y de los campesinos.

“La Ley de San Garabato: comprar caro y vender barato”

Veamos el caso de los campesinos. El labriego moderno compra y vende, está inserto en el mercado capitalista. Y en sus intercambios con el capital siempre termina perdiendo. “Es la Ley de San Garabato: comprar caro y vender barato”, acostumbran decir los rústicos mexicanos. Y así es. Pero ese intercambio a todas luces desigual ¿a qué se debe?

En el ámbito de la circulación no hay razón alguna por la que uno siempre gane y otro siempre pierda, para entenderlo hay que ir a sus diferentes lógicas productivas. El capital compra y vende para lucrar y si no hay ganancia en la operación se retira del mercado e invierte su dinero en otra actividad productiva que sí le deje utilidades. El campesino compra y vende para vivir y mientras la operación le deje lo suficiente para subsistir seguirá vendiendo y comprando; incluso si pierde es posible que por un tiempo persista en su ruinosa producción porque hay que vivir y porque sus recursos: mayormente tierra y trabajo, no son dinero que pueda invertir en otra cosa.

De ahí que como tendencia general el precio de venta de lo que producen los empresarios gire en torno a su costo de producción más una ganancia media, mientras que por lo general el precio de venta de los productos cosechados principalmente por campesinos gira en torno al costo de producción sin ganancia alguna.

Sin duda en la desigualdad de los intercambios intervienen muchos factores: el tamaño de quien compra y de quien vende, las prácticas monopólicas, los mercados especulativos... Pero el factor subyacente está en un choque de racionalidades socioeconómicas: el capitalista invierte para ganar, el campesino trabaja para vivir. El primero se retira cuando los precios son bajos con lo que hace que la oferta disminuya y suban las cotizaciones, el segundo sigue produciendo aún si los precios son bajos porque en ello le va la vida lo que hace que la oferta se mantenga y los precios permanezcan bajos.

El campesino invierte su propio trabajo en la producción de bienes una parte de los cuales transforma en mercancías que vende con el fin de adquirir otros bienes que necesita y no produce. El capitalista invierte dinero en la producción mediante trabajo asalariado de mercancías que vende por una cantidad que debe ser mayor a la que invirtió. Lo que mueve al campesino son los valores de uso, la calidad; lo que mueve al capital es el valor de cambio, la cantidad.

En el mercado capitalista realmente existente la regla son intercambios desiguales en que los precios de venta se apartan de los precios de producción. Disparidades que se originan en los desequilibrios oferta-demanda, aunque también en los monopolios y la especulación. Pero el intercambio desigual al que están sometidos los campesinos es de otra clase. En los primeros se reparte entre los distintos capitales la plusvalía producida por el trabajo de los previamente expropiados, en el segundo se transfiere al capital la plusvalía producida por el trabajo de los campesinos. La primera es una relación de distribución y la segunda es una relación de explotación.

Hace 44 años, en el apartado *La clave de la explotación del campesinado*, que forma parte del libro *La explotación del trabajo campesino por el capital*, utilicé para tratar de explicar la explotación campesina el mismo fraseo con que en *El capital* Marx pone en claro la explotación obrera. El libro donde esto se publicó inicialmente ya es historia y otro libro mío, *El hombre de hierro. Límites naturales y sociales del capital en la perspectiva de la gran crisis*, donde incluí una versión algo más breve, se reimprimió por última vez en 2014. *La clave...* es pues un texto difícil de consultar de modo que lo reproduzco tal cual.

El análisis de los mecanismos a través de los cuales la producción campesina es obligada a transferir un excedente no puede reducirse a la constatación de un intercambio desigual. En última instancia, se trata de construir el concepto del campesinado como clase explotada y esto no se logra con mostrarlo en tanto que vendedor en condiciones asimétricas. Ni siquiera es

suficiente desentrañar las relaciones de explotación a las que está sometido; es necesario también poner al descubierto la forma en que estas relaciones se reproducen a través del proceso global de producción-circulación del capital.

En el proceso inmediato de producción, el campesino genera un excedente que en el momento de la circulación es transferido, pero, a la vez, en este proceso se reproduce a sí mismo como explotado; el resultado del ciclo completo es un capital valorizado por el trabajo campesino y una economía campesina recreada en condiciones de ser nuevamente explotada.

Cuando la forma de producción campesina está subordinada al modo de producción capitalista su “tributo” al exterior se da fundamentalmente a través del mercado y cobra la forma de una transferencia de valor basada en un mecanismo de intercambio desigual. Se trata ciertamente de un intercambio desigual y una transferencia de valor por cuanto la pérdida del excedente campesino se consume en el mercado. Sin embargo, estas categorías expresan sólo un aspecto de la relación.

El intercambio de no equivalentes y las transferencias que entraña pertenecen al ámbito de la circulación y se refieren a la distribución de la plusvalía entre diferentes sectores, ramas o capitales individuales. La pretensión de agotar con estas categorías la relación del campesino con el capital proviene de un enfoque en que la economía campesina es considerada simplemente en tanto que unidad mercantil, pero si atendemos a la naturaleza interna del proceso de producción campesino el concepto de transferencia por intercambio desigual resulta vago e insuficiente.

La relación entre el campesino y el capital no es solo de transferencia de valor sino también de explotación y esta última categoría expresa la esencia de la articulación en tanto que esta no se reduce a la circulación, sino que incumbe también a la producción en sentido estricto. La producción campesina se basa en la unidad del trabajador y los medios de producción y, por tanto, conserva la unión entre el productor directo y su producto, de tal modo que cuando el campesino se ve sometido como comprador y vendedor a un intercambio desigual, el mismo sujeto en tanto que productor está siendo sometido a una relación de explotación por la que se le escapa parte de su trabajo cristalizado en productos.

En el caso del campesino, la relación de transferencia es también directamente una relación de explotación, más rigurosamente, la relación de transferencia es parte de una relación de explotación precisamente porque en el proceso inmediato de producción campesina no se ha dado un acto previo de explotación. Esto distingue cualitativamente a la transferencia del campesino al capital respecto de las transferencias entre capitales, ramas de la producción o formaciones sociales donde la diferencia de clases existe ya dentro cada unidad, rama o formación, pues en estos casos el acto de explotación es previo a la circulación y distribución de un excedente ya expropiado. Cuando el excedente circula y se distribuye de manera asimétrica entre clases o sectores de clase explotadora se trata en rigor de una simple transferencia basada en el intercambio desigual, Cuando el excedente fluye de la unidad económica del productor directo a diversas clases o sectores de clase propietarios,

se trata en rigor de una relación de explotación que contiene como uno de sus elementos constitutivos un mecanismo de intercambio desigual.

Ahora bien, ¿cuál es la clave de la relación de explotación? En el proceso de producción en sentido estricto vemos a un trabajador directo que se mantiene en unidad inmediata con sus medios de producción y cuyo objetivo es reproducirse. Aquí no cabe el concepto de explotación. En el mercado nos encontramos con un comprador-vendedor que intercambia sus mercancías con las del capital. Aquí se constata un intercambio desigual pero no se explica. Parafraseando a Marx podríamos decir que la solución del misterio de la explotación que sufre el campesino no puede brotar del análisis de la circulación, pero tampoco tiene su clave fuera de ella, en el proceso inmediato de producción. Ninguno de los dos aspectos vistos por separado conduce a la solución de un enigma cuya clave consiste precisamente en la combinación de ambos.

La explotación del campesino se consuma en el mercado al cambiar de manos el excedente, pero la base de esta explotación se encuentra en las condiciones internas de su proceso de producción. Los efectos expropiadores de la circulación se originan no en el acto mismo de vender o comprar sino en la naturaleza del proceso inmediato de producción y consumo donde se crearon los productos vendidos y se consumirán los adquiridos.

En el caso del obrero la condición de posibilidad de la explotación –brillantemente descifrada por Marx– se localiza en el mercado, con la aparición de la fuerza de trabajo como mercancía, pero el proceso de explotación se consuma en la producción al prolongarse la jornada laboral más allá del tiempo de trabajo necesario. En el caso de la explotación del campesino la articulación entre los dos aspectos es igualmente férrea, pero se encuentra invertida: la condición de posibilidad de la explotación se cumple en el proceso de producción cuando este se desarrolla con vistas a la reproducción y con medios que no son en sí mismos capitalistas, pero se consuma en el mercado donde el campesino transfiere su excedente a través de un intercambio desigual.

La valorización del capital a través de la expropiación del obrero tiene dos fases: la compra-venta de fuerza de trabajo como intercambio de equivalentes, que constituye un prelude, y el consumo de la fuerza de trabajo como apropiación de plusvalía que da cima al proceso. En la primera fase, dice Marx, el trabajador y el capital parecen sólo como compradores y vendedores y lo único que distingue al obrero de otros vendedores es el “específico valor de uso de lo que vende”.

La valorización del capital a través de la explotación del campesino también tiene dos fases: un proceso de producción en que el trabajador directo produce excedentes, que constituye un prelude, y la compra-venta de productos como intercambio de no equivalentes, que da cima al proceso. En la segunda fase el trabajador y el capital aparecen, respectivamente, no

solo como comprador y vendedor sino también como explotado y explotador. Y lo que distingue al campesino de otros vendedores no es el “específico valor de uso de lo que vende”, sino el peculiar valor de cambio de su mercancía.

En el caso de la explotación del obrero, la compra-venta de la fuerza de trabajo, vista en el proceso global del capital, no solo es premisa sino también resultado, pues el proceso de producción en sentido estricto genera tanto un capital valorizado como obreros desposeídos y obligados a vender de nuevo su fuerza de trabajo. Precisamente porque el proceso global produce sus premisas como resultado, es decir, reproduce la separación del productor directo respecto de los medios de producción, es por lo que el proceso global reproduce la relación. En el caso de la explotación del campesino, la producción campesina vista en el proceso global no solo es premisa, sino que es resultado, pues la relación de intercambio desigual genera tanto un capital valorizado como campesinos que apenas han podido reponer sus condiciones de trabajo y que por tanto están obligados a producir de nuevo en las mismas condiciones. El proceso global reproduce la unidad productor directo-medios de producción y con ello reproduce la relación³³.

Recapitulo: refiriéndose a quienes realizan labores domésticas pero con conceptos que podrían aplicarse a la totalidad de los trabajadores no asalariados Marx reconoce que producen bienes potencialmente mercantiles y añaden valor a los objetos sobre los que recae su trabajo pero que se trata de una “insignificante categoría de

33. Bartra. *El capital en su laberinto. De la renta de la tierra a la renta de la vida*. Itaca, UACM, México, 2006, págs. 247-250.

obreros” Y ahí está el origen de la subestimación pues para él estos afanes además de económicamente ambiguos son marginales y se extinguirán totalmente cuando el capital absorba íntegramente la producción acabando con la doméstica, la campesina, la del trabajador por cuenta propia y la artesanal.

Un siglo y medio después es claro que el capital no subsumió directamente todos los procesos productivos preexites y regurgitó algunos que se había tragado, de modo que los trabajos no asalariados de ninguna manera son residuales. Y si la condición proletaria abierta está lejos de ser exclusiva y cada día son más quienes no laboran directamente para el gran dinero, la preservación de la capacidad explicativa de la teoría del valor-trabajo demanda revisiones conceptuales como los que aquí y en otros escritos he venido intentando.

“¿Se vale comparar el comal con Maseca y la milpa con los monocultivos tecnificados?”

La idea central que preside mis esfuerzos por extender la teoría del valor la formulé sintéticamente en *El hombre de hierro*:

En una sociedad dominada por la lógica de la acumulación, la totalidad del trabajo humano participa directa o indirectamente en la valorización del capital pues a la postre todos los bienes y servicios cuentan como mercancías –incluso los que no fueron gestados como tales– dado que al ser consumidos se incorporan a la reproducción económica exactamente igual que los productos directamente mercantiles a los que suplen. Esto incluye lo que venden productores directos no empresariales como los pequeños y medianos agricultores, pero también aquello que no sale al mercado pues es consumido directamente por sus productores como el autoabasto campesino y los bienes y servicios domésticos destinados a la propia familia.

Aun cuando en algunos casos no lleguen a adquirir un precio estos servicios y productos tienen valor económico pues en el mercantilismo absoluto todos los bienes de una misma clase son portadores de igual valor sin importar su historia individual, es decir, cómo es producido y consumido cada uno de ellos. Y parte de este valor es plusvalía que se incorpora al excedente social y se acumula como capital a través de diferentes mediaciones tales como la producción de autoconsumo que reduce los costos monetarios campesinos y permite vender el resto de las cosechas a menores precios o el auto abasto doméstico de bienes y servicios que permite a los asalariados subsistir con remuneraciones menores. Esto significa que la plusvalía que se incorpora a la acumulación incluye tanto el trabajo excedente de los asalariados del capital como el trabajo excedente de quienes laboran presuntamente por cuenta propia o de quienes con su esfuerzo doméstico hacen posible la reproducción del trabajador asalariado³⁴.

Sin embargo, afirmar que en principio todo el trabajo socialmente útil se incorpora directa o indirectamente a la acumulación del capital no equivale a afirmar que todo trabajo útil tiene valor económico. Porque el valor es trabajo social medio de modo que lo que se produjo quizá con mucho esfuerzo, pero con baja eficiencia tendrá el valor no del trabajo ahí efectivamente invertido sino del que se requeriría para producir un bien semejante en condiciones medias de productividad. Y si admitimos que esfuerzos individuales poco rendidores generan menos valor que otros más productivos bien puede ocurrir que labores muy intensas sean sin embargo económicamente irrelevantes.

34. Bartra. *El hombre de hierro. Límites naturales y sociales del capital en la perspectiva de la gran crisis*, UAM-X, Itaca, México, 2008, pág. 181.

¿Aplicará esto a las amas de casa y los pequeños campesinos que por lo general laboran con módico equipamiento y por tanto tienen rendimientos económicos poco competitivos? ¿Se vale comparar el comal con Maseca y la milpa con los monocultivos tecnificados?

En su modelo teórico, que es lo que Marx construye en *El capital*, la competencia de los capitales por la ganancia conduce a que el grueso de la producción de una cierta mercancía se elabore en condiciones de productividad media o alta pues los capitales más eficientes son alcanzados y los muy rezagados tienen que abandonar, de modo que los productos en los que se invirtió un tiempo individual de trabajo significativamente mayor que la media son muy pocos en relación con la masa total de los de una misma clase y no tiene caso detenerse a analizar una situación que es marginal y efímera.

Pero en el capitalismo realmente existente la diversidad de productividades en la elaboración de una misma mercancía es un hecho generalizado y permanente cuyas implicaciones económicas hay que esclarecer pues impera en buena parte de los bienes y servicios de producción y consumo domésticos y en todos los productos agropecuarios particularmente aquellos en cuya cosecha hay participación campesina.

Marx no se ocupa mayormente de la extrema dispersión de las productividades y de la terca persistencia de las inversiones de trabajo superiores a la media por la misma razón por la que no se interesó en ubicar en la reproducción del sistema a la producción doméstica, campesina o artesanal no asalariadas, porque en los dos casos piensa que la generalización de las relaciones directamente capitalistas las hará desaparecer.

Es verdad que la concurrencia empresarial hace que la masa de trabajo empleado en producir una determinada clase de mercancías tienda a concentrarse en las condiciones de productividad media o alta. Pero esto ocurre únicamente si todos los productores son capitales libres en competencia unos con otros que producen sólo mercancías empleando para ello exclusivamente mercancías. Lo que

no sucede cuando menos en dos sectores relevantes de la economía una es la agricultura y en general la producción que depende directamente de condiciones naturales diversas y limitadas, y la otra las labores domésticas dirigidas a la reproducción humana y cuyo saldo no es una mercancía portadora de valor sino un trabajador capaz de crear valor.

Cuando la especificidad de los procesos productivos impide que los medios de producción operen como capitales desvinculados y competitivos, como sucede cuando estos no son en sí mismos mercancías producidas como mercancías sino recursos naturales y capacidades humanas inapreciables, la producción no se concentra en los rendimientos medios y altos, sino que se dispersa en una amplia gama de productividades cuya diversidad se origina en factores naturales o sociales. En realidad, la convergencia de la masa laboral en los rendimientos medios o altos sólo ocurre ampliamente en la gran industria donde efectivamente los tiempos de trabajo singulares tienden a coincidir con el tiempo de trabajo medio o social, mientras que en otras ramas se mantiene en mayor o menor medida la dispersión de productividades.

El problema que esto supone para el capital es que la crónica diversidad de rendimientos técnicos en la producción de una misma mercancía genera rentas de las que se apropian quienes tienen ventajas comparativas. Sobre lucros cuyo origen está en que cuando las inversiones de trabajo superiores a la media son irrenunciables pues la plena satisfacción de la demanda depende de ellas, los precios de los productos giran en torno a los costos mayores y no a los medios, de modo que la sociedad toda paga por ellos un sobreprecio que se traduce utilidades extraordinarias para los productores privilegiados.

Y si ciertos esfuerzos productivos de eficiencia menor a la media perduran porque no pueden ser sustituidos por otros de mayor productividad y por tanto son trabajos socialmente necesarios no puede decirse de ellos que son económicamente marginales pues casi no generan valor. Si las cosechas obtenidas con mucho esfuerzo y en

tierras no óptimas nos hacen falta, si los cuidados que demandan los niños y los enfermos no pueden estandarizarse, entonces los trabajos invertidos en estos cultivos y en estas atenciones personalizadas serán trabajos social y económicamente necesarios, aunque sean de mayor magnitud que los que requieren bienes o servicios semejantes obtenidos con más eficiencia.

Si fuera cierto que en el capitalismo el grueso del trabajo se emplea en actividades de productividad media y alta podríamos sacar de las cuentas nacionales al trajinar de bajos rendimientos. Pero no es así; las heterogéneas condiciones materiales y sociales que imperan en ámbitos como el agrícola o el doméstico no permiten uniformizar los trabajos, de modo que es necesario que todos sean incluidos en la contabilidad social.

Dije más arriba que los trabajos no asalariados y que no producen directamente mercancías son trabajos productivos que a través de diversas mediaciones se insertan en los circuitos del capital. Sostengo ahora que la totalidad del trabajo socialmente necesario produce valor económico aun si se ejerce en condiciones de productividad inferiores a la media. El comal no es menos que Maseca, la milpa no es menos que el monocultivo. Al contrario... pero este es otro asunto.

Cuando los trabajos que hacemos no para lucrar sino para vivir son de rendimientos desiguales y por lo general bajos es seguro que serán sub retribuidos cualquiera que sea la forma en que se paguen. Si eres un pequeño agricultor que cultiva tierras de mala calidad es seguro que el mercado no reconocerá la magnitud de tu esfuerzo ni las condiciones desventajosas en que lo realizas y es muy posible que los precios de lo que vendas no paguen ni siquiera los costos de reposición del trabajo y los insumos invertidos. Si eres la esposa de un obrero y te ocupas de los quehaceres domésticos lo más probable es que la parte del ingreso familiar de subsistencia destinada a la reposición de tus energías sea aún menor que la ya escasa que se destina a otros miembros de la familia.

Y hablo de sobre explotación porque en el capitalismo todo trabajo rinde plusvalía, pero a las labores literalmente des-preciadas porque no se realizan a cambio de un salario, porque no producen mercancías con mercancías, porque no son productivas sino reproductivas, porque tienen bajos rendimientos... les toca la parte menor del ingreso de por sí bajo destinado a retribuir el trabajo. El resultado es que en todas partes los campesinos y las mujeres son los más pobres a pesar de ser quienes sudan y se afanan más.

Bibliografía

Banco Mundial. *World Development Report*, 2008.

Bartra, Armando. *La explotación del trabajo campesino por el capital*. Editorial Macehual, México, 1979.

Bartra, Armando. *El capital en su laberinto. De la renta de la tierra a la renta de la vida*. Itaca, UACM, México, 2006.

Bartra, Armando. *El hombre de hierro. Límites naturales y sociales del capital en la perspectiva de la gran crisis*, UAM-X, Itaca, México, 2008.

Chayanov, A.V. *La organización de la unidad económica campesina*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1974.

Dalla Costa, Mariarosa y Selma James. *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*, Siglo XXI, México, 1975.

Engels, Friedrich. *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Editorial Futuro, Buenos Aires, 1965.

Federici, Silvia. *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Pez en el árbol, ediciones, México, 2013.

Federici, Silvia. *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, Mapas, Madrid, 2013.

Kautsky, Karl. *La cuestión agraria*, Siglo XXI, México, 1977.

Marx, Karl. *Teorías sobre la plusvalía*, Tomo I, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1974.

Marx, Karl. *El capital. Libro I-Capítulo VI, Inédito*. Ediciones Signos, Buenos Aires, 1971.

Mies, María. *Patriarcado y acumulación a escala mundial*, Traficantes de sueños, Madrid, 2019.

Mill, John Stuart. *Principios de economía política*, FCE, México, 1978.

Thompson, E.P. *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra: 1780-1832*, Laya, Barcelona, 1977.

Thorner, Daniel. *Una teoría neopopulista de la economía campesina: la escuela de A.V. Chayanov*, en Santiago E. Funes. *Chayanov y la teoría de la economía campesina*. Cuadernos de pasado y presente, México, 1971.

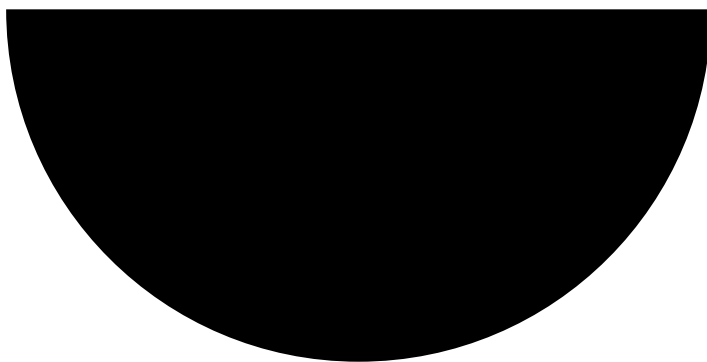


F. Carter '46

THÉORIAS SOBRE LA PLUSVALÍA

(SELECCIÓN PREPARADA
POR ARMANDO BARTRA)

KARL MARX





Karl Marx



THÉORIAS SOBRE LA PLUSVALÍA



[2. Concepciones de los fisiócratas y mercantilistas respecto del trabajo productivo]

Esta concepción del trabajo productivo se sigue, por supuesto, del punto de vista de Adam Smith sobre el origen de la plusvalía, es decir, de la naturaleza del capital. En la medida en que se aferra a esa concepción, sigue un rumbo por el que ya avanzaron los fisiócratas e inclusive los mercantilistas; sólo lo libera de concepciones erróneas, y de esa manera destaca su aspecto central. Aunque se equivocan al pensar que solo el trabajo agrícola es productivo, los fisiócratas postularon la idea correcta de que desde el punto de vista capitalista sólo es productivo el trabajo que crea plusvalía; y en rigor, una plusvalía, no por sí misma, sino para el dueño de las condiciones de producción; trabajo que crea un producto neto, no por sí mismo, sino para el terrateniente. Pues la plusvalía o tiempo de trabajo excedente se materializa en un sobreproducto o producto neto. (Pero aquí, una vez más, tienen una concepción errónea al respecto; en la medida en que existe, por ejemplo, más trigo del que comen los trabajadores y arrendatarios; pero también en el caso en que la tela que existe es más de la que los fabricantes de tela —el obrero y el fabricante— necesitan para vestirse ellos mismos). La plusvalía, en sí misma, se concibe de manera errónea, pues tienen una idea equivocada sobre el valor y la reducen al valor de uso del trabajo, no al tiempo de trabajo, al trabajo social homogéneo. Ello no obstante, sigue en pie la definición correcta de que sólo es productivo el trabajo asalariado que crea un valor superior a su costo. Adam Smith libera esta definición de la concepción equivocada con que la vincularon los fisiócratas.

Si retrocedemos de éstos a los mercantilistas, también en ellos encontramos un aspecto de su teoría que contiene el mismo punto de vista sobre el trabajo productivo, aunque no tuvieron conciencia de ello. La base de su teoría era la idea de que el trabajo sólo es productivo en las ramas de la producción cuyos productos, cuando se los envía al exterior, traen de vuelta más dinero del que costaron (o del que tuvo que exportarse a cambio de ellos), cosa que, por lo tanto, permitía a un país participar en una mayor medida en los productos de las nuevas minas de oro y plata abiertas. Advertían que en esos países se producía un rápido crecimiento de la riqueza y de la clase media. ¿Cuál era, en rigor, la fuente de esa influencia ejercida por el oro? Los salarios no subieron en proporción a los precios de las mercancías; es decir, los salarios descendieron, y debido a ello el sobretrabajo relativo aumentó y creció la tasa de ganancias, no porque el trabajador se hubiese vuelto más productivo, sino porque el salario absoluto (es decir, la cantidad de medios de existencia que recibía el trabajador) fue deprimido por la fuerza—; en una palabra, porque la situación de los obreros empeoraba. En consecuencia, en esos países el trabajo era, en verdad, más productivo para quienes lo empleaban. Este hecho se vinculaba con el aflujo de metales preciosos; y ello, aunque casi no se dieron cuenta, fue lo que condujo a los mercantilistas a declarar que el trabajo empleado en esas ramas de producción era el único productivo.

El notable aumento [de la población] que se produjo [...] en casi todos los Estados europeos durante los últimos cincuenta o sesenta años es tal vez el resultado principal de la creciente productividad de las minas americanas. Una mayor abundancia de los metales preciosos [por supuesto, como resultado del descenso de su valor real] eleva el precio en mayor de las mercancías en mayor proporción que el del trabajo; deprime la situación del trabajador, y al mismo tiempo acentúa las ganancias de su empleador, quien de tal manera se ve inducido a ampliar su capital circulante hasta el máximo de su capacidad,

a contratar a tantos obreros como pueda pagar; y se ha visto que tal es precisamente el estado de cosas más favorable para el aumento de la población... Mr. Malthus hace observar que el descubrimiento de las minas de America, durante la época en que elevó el precio del trigo entre tres y cuatro veces, no llegó siquiera a duplicar el precio del trabajo... El precio de las mercancías destinadas al consumo casero (por ejemplo del trigo) no se eleva inmediatamentea consecuencia de un aflujo de dinero, pero como la tasa de ganancia en las ocupaciones agrícolas queda de tal modo deprimida por debajo de la que existe en las manufacturas, el capital se retira poco a poco de las primeras a las segundas. De tal manera, todo el capital llega a rendir mayores ganancias que antes, y un aumento de las ganancias es siempre equivalente a un descenso de los salarios. (John Barton. *Observations on the Circumstances which Influence the Condition of the Labouring Classes of Society*, Londres, 1817, págs. 29 y ss.)¹

De modo que, ante todo, según Barton, en la segunda mitad del siglo XVIII se produjo una repetición del mismo fenómeno que, desde el último tercio del siglo XVI y en el XVII, impulsó el sistema mercantil. En segundo lugar, ya que sólo las mercancías exportadas se medían en oro y plata sobre la base de su valor reducido, en tanto que las destinadas al consumo casero seguían siendo medidas en oro y plata según su antiguo valor (hasta que la competencia entre los capitalistas puso fin a esta medición según dos normas distintas), el trabajo en las antiguas ramas de producción parecía ser directamente productivo, es decir, creador de plusvalía, gracias a la depresión de los salarios por debajo de su nivel anterior.

1. Al traducir este pasaje, Marx lo abrevió un tanto. (Ed.)

[3. *La dualidad de la concepción de Smith sobre el trabajo productivo.*

Su primera explicación: el concepto del trabajo productivo como trabajo cambiado por capital]

La segunda concepción errónea del trabajo productivo que desarrolla Smith se encuentra tan entrelazada con la correcta, que ambas se siguen entre sí, en rápida sucesión, en el mismo pasaje. Para ilustrar el primer concepto es necesario, entonces, dividir las citas en partes separadas.

Existe un tipo de trabajo que aumenta el valor del objeto al cual se aplica; hay otro que no tiene ese efecto. El primero, dado que *produce un valor*, puede llamarse *productivo*, el segundo, *trabajo improductivo*. Así, por ejemplo, el trabajo de un obrero de manufactura *aumenta*, por lo general, el valor de los materiales con que trabaja, *el de sus medios de subsistencia y el de la ganancia de su amo*. Aunque el amo *anticipa* su jornal al obrero manufacturero, éste, *en realidad, no le cuesta inversión alguna*, pues el valor de dicho jornal se reintegra por lo general, *junto con una ganancia*, en el valor acentuado del objeto al cual se aplica su trabajo. Pero el sustento de un criado jamás se repone. Un hombre *se enriquece* mediante el empleo de una multitud de obreros de manufactura; se empobrece si mantiene a una multitud de criados. ([Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*], Libro II, cap. III, vol. II, ed. McCulloch, págs. 93 y 94)

En este pasaje —y en su continuación, que se citará más tarde, las definiciones contradictorias se empujan unas a otras con mayor intensidad aun—, lo que ante todo y en forma destacada se entiende por trabajo productivo es el trabajo que crea plusvalía —“la ganancia

de su dueño”—, además de la reproducción del valor de sus “medios de subsistencia” (los del trabajador). Por otra parte, el industrial no puede *enriquecerse* “si emplea una multitud de manufactureros” (obreros), a menos que éstos, además del valor que cuesta su propio sustento, agreguen también una plusvalía.

Pero segundo, en este pasaje Adam Smith trata como trabajo productivo el trabajo que en general “produce un valor”. Pero dejemos por un momento a un lado esta última afirmación, y citemos otros pasajes en los cuales la primera concepción se repite en parte, en parte se formula de manera más tajante, pero en especial también se desarrolla mucho más.

Si la cantidad de alimentos y vestimenta consumidos... por personas improductivas se hubiera distribuido entre los brazos productivos, habrían reproducido, *junto con una ganancia*, todo el valor de su consumo. (loc. cit., pág. 109; Libro II, cap. III)

También aquí el trabajador productivo es, de manera muy explícita, quien no sólo produce para el capitalista todo el valor de los medios de subsistencia contenidos en su salario, sino que además lo reproduce para él “con una ganancia”.

Sólo el trabajo que produce capital es trabajo productivo. Pero las mercancías o el dinero se convierten en capital porque se intercambian en forma directa por fuerza de trabajo, y sólo se intercambian para ser repuestos por más trabajo del que contienen. Pues el valor de uso de la fuerza de trabajo para el capitalista como tal capitalista no consiste en su valor de uso *real*, en la utilidad de ese trabajo concreto y especial, es decir, trabajo de hilado, trabajo de tejido, etc. Eso le preocupa tan poco como el valor de uso del producto de dicho trabajo como tal, pues para el capitalista el producto es una mercancía (inclusive antes de su primera metamorfosis), y no un artículo de consumo. Lo que le interesa en la mercancía es que posee más valor de cambio del que pagó por ella; y por lo tanto, el valor de uso del trabajo consiste, para él en que recibe de vuelta una mayor cantidad de tiempo de trabajo del que pagó en forma de salarios.

Es claro que entre esos obreros productivos están incluidos todos aquellos que contribuyen de una u otra manera a la producción de la mercancía, desde el operario hasta el gerente o ingeniero (como personas distintas del capitalista). Así, hasta los últimos informes oficiales ingleses sobre fábricas incluyen “*de manera explícita*”, en la categoría de asalariados empleados, a todas las personas ocupadas en las fábricas y en las oficinas vinculadas a ellas, con excepción de los propios fabricantes (véase la formulación del informe antes de la parte final de esta tontería).

Aquí se define el trabajo productivo desde el punto de vista de la producción capitalista, y Adam Smith llegó en este punto al corazón mismo de la materia, dio en el clavo. Este es uno de sus mayores méritos científicos (como muy bien lo hizo observar Malthus, esta diferenciación crítica entre el trabajo productivo e improductivo sigue siendo la base de toda la economía política burguesa), ya que detiene el trabajo productivo como trabajo *que se intercambia directamente por capital*; es decir, lo define por el intercambio gracias al cual las condiciones de producción del trabajo, y el valor en general, ya sea dinero o mercancía, se convierten primero en capital (y el trabajo en trabajo asalariado, en su acepción científica).

Esto también establece de modo absoluto qué es el *trabajo improductivo*. Es el que no se cambia por capital, sino *directamente* por renta, es decir, por salarios o ganancia (incluidas, por supuesto, las distintas categorías de quienes comparten, como consocios, la ganancia del capitalista, por ejemplo el interés y la renta del suelo). Cuando todo el trabajo sigue pagándose en parte (por ejemplo el trabajo agrícola de los siervos), y en parte se cambia de modo directo por renta (como el trabajo manufacturero de las ciudades de Asia), no existe capital ni trabajo asalariado en el sentido de la economía política burguesa. Por lo tanto, estas definiciones no derivan de las características materiales del trabajo (ni de la naturaleza de su producto, ni del carácter especial del trabajo como trabajo concreto), sino de la forma social definida, las relaciones sociales del productor en que se realiza el trabajo. Un actor por ejemplo, o inclusive un payaso, según esta definición, es un trabajador productivo si trabaja al servicio de un capitalista (un empresario) a quien devuelve más tra-

bajo del que recibe de él en forma de salarios; en tanto que un sastre que trabaja a domicilio, acude a la casa del capitalista y le remienda los pantalones, con lo cual sólo le produce un simple valor de uso, es un trabajador improductivo. El trabajo del primero se cambia por capital, el del segundo por renta. El del primero produce plusvalía; en el segundo, se consume renta.

Aquí el trabajo productivo e improductivo se conciben *desde el punto de vista del poseedor del dinero, desde el punto de vista del capitalista*, no desde el del obrero. De ahí las tonterías que escriben Ganilh, etc., quienes entienden tan poco del asunto, que formulan el interrogante de si el trabajo o servicio o función de la prostituta, el lacayo, etc., reportan dinero.

Un escritor es un trabajador productivo, no en la medida en que produce ideas, sino en la medida en que enriquece al editor que publica sus obras, o cuando es un asalariado de un capitalista.

El valor de uso de la mercancía en que se encarna el trabajo de un obrero productivo puede ser del tipo mas inútil. Las características materiales no se vinculan de modo alguno con su naturaleza, que, por el contrario, no es más que la expresión de una relación de producción social definida. Es una definición del trabajo que deriva, no de su contenido o resultado, sino de su forma social especial.

Por otro lado, en la hipótesis de que el capital ha conquistado al conjunto de la producción —y que por lo tanto una *mercancía* (como cosa distinta de un simple valor de uso) ya no se produce por ningún trabajador que sea dueño de las condiciones de producción para crearla, es decir, que sólo el capitalista es el productor de *mercancías* —y la única mercancía que se exceptúa es la fuerza de trabajo—, entonces la renta debe cambiarse, o por mercancías que sólo el capital produce y vende, o por trabajo, que como dichas mercancías se compra a fin de consumirse; es decir, solo con vistas a sus características materiales particulares, su valor de uso; con vistas a los *servicios* que, gracias a sus características materiales particulares, presta a su comprador y consumidor. Para el productor de dichos servicios, los servicios prestados son mercancías. Tienen un valor

de uso definido (imaginario o real), y un definido valor de cambio. Pero para el comprador, dichos servicios no son más que valores de uso, objetos en los cuales consume su renta. Estos trabajadores improductivos no reciben su parte de la renta (de los salarios y ganancias), su coparticipación en las mercancías creadas por el trabajo productivo, en forma gratuita. Debe comprar su parte de ellas; pero nada tienen que ver con su producción.

De cualquier manera, resulta claro que cuanto mayor la parte de la renta (salarios y ganancias) que se gasta en mercancías producidas por el capital, menor la porción que se puede invertir en los servicios de trabajadores improductivos, y a la inversa.

La forma material determinada del trabajo, y por consiguiente de su producto, nada tiene que ver en sí misma con esta distinción entre trabajo productivo e improductivo. Por ejemplo, los cocineros y camareros de un hotel público son trabajadores productivos, en la medida en que su trabajo se convierte en capital para el propietario del hotel. Estas mismas personas son trabajadores improductivos como criados, en la medida en que no convierten sus servicios en capital, sino que gastan renta en ellos. Pero en rigor estas mismas personas son también para mí, el consumidor, trabajadores improductivos en el hotel.

La parte del producto anual de la tierra y el trabajo *de cualquier país que repone un capital* nunca se emplea *inmediatamente* para mantener a otros que no sean brazos productivos. Sólo *paga los salarios del trabajo productivo*. Lo que se destina *inmediatamente* a la constitución de una renta, ya sea como ganancia o como renta de la tierra, puede mantener, de manera indistinta, a brazos productivos o improductivos. Sea cual fuere la parte de su capital que un hombre emplea como tal capital, siempre espera que le sea repuesta con una ganancia. Por lo tanto, la utiliza sólo para mantener *brazos productivos*; y después de haber servido en la función de capital para él,

constituye una renta para ellos. Siempre que emplea un aparte de él en el *mantenimiento de brazos improductivos* de cualquier tipo, esa parte, por el momento, se retira de su capital, y se coloca en sus fondos reservados para el consumo inmediato. (loc. cit., pág. 98)

En la medida en que el capital conquista al conjunto de la producción, y por lo tanto desaparece la forma de industria casera y de pequeña industria —en una palabra, la industria destinada al consumo individual, que no produce mercancías—, resulta claro que los trabajadores improductivos, aquellos cuyos servicios se cambian de manera directa por renta, ejecutarán, en su mayor parte, nada más que servicios *personales* y sólo una porción muy pequeña de ellos (como los cocineros, las costureras, los sastres a domicilio, etc.) producirán valores de uso materiales. El hecho de que no produzcan *mercancías* se sigue de la naturaleza del caso. Pues la mercancía como tal nunca es un objeto inmediato del consumo, sino portadora de valor de cambio. Por consiguiente, sólo una porción muy insignificante de estos trabajadores improductivos puede representar un papel directo en la producción material, una vez que se ha desarrollado el modo de producción capitalista. Participan en ella sólo debido al intercambio de sus servicios por renta. Esto no impide, como señala Adam Smith, que el valor de los servicios de estos trabajadores improductivos se determine y sea determinable en la misma forma (u otra análoga) que la de los trabajadores productivos: es decir, por los costos de producción involucrados en mantenerlos o producirlos. También entran en funcionamiento, en este sentido, otros factores pero no son pertinentes aquí.

La fuerza de trabajo del obrero productivo es una mercancía para éste. Lo mismo ocurre con la del trabajador improductivo. Pero el primero produce mercancías para el comprador de su fuerza de trabajo. El segundo le produce un simple valor de uso, no una mercancía; un valor de uso imaginario o real. Es característico del trabajador improductivo que no produzca mercancías para su comprador, sino que, en verdad, las reciba de él.

El trabajo de alguno de los órdenes más respetables de la sociedad es, como el de los criados, improductivo de valor alguno... El soberano, por ejemplo, con todos los funcionarios de la justicia y de guerra que sirven a sus órdenes, todo el ejército y la marina, son trabajadores improductivos. Son los servidores del público, y se los mantiene mediante una parte del producto anual de la industria de otras personas... En la misma clase es preciso ubicar... a los sacerdotes, abogados, médicos, hombres de letras de todo tipo, actores, bufones, músicos, cantantes de ópera, bailarines de ópera, etcétera. (loc. cit., págs. 94-95)

Como se ha dicho, por sí misma, esta distinción entre trabajo productivo e improductivo nada tiene que ver con la especialidad particular del trabajo, o con el valor de uso específico al cual se incorpora ese trabajo especial. En un caso, el trabajo se convierte en capital, y crea una ganancia para el capitalista; en el otro es un gasto, uno de los artículos en que se consume la renta. Por ejemplo, el obrero empleado por un fabricante de pianos es un trabajador productivo. Su trabajo no sólo repone el jornal que consume, sino que en el producto, el piano, la mercancía que vende el fabricante de pianos, existe una plusvalía por encima del valor de los salarios. Pero supongamos, por el contrario, que compro todos los materiales necesarios para un piano (o por lo que importa, el propio trabajador podría poseerlos), y que en lugar de comprar el piano en un comercio lo fabrico para mí en mi casa. El obrero que crea el piano es ahora un trabajador improductivo, porque su trabajo se intercambia de manera directa por mi renta.

[4. Segunda explicación de Adam Smith: la concepción del trabajo productivo como trabajo que se realiza en una mercancía]

Pero resulta claro que en la misma medida en que el capital subyuga al conjunto de la producción —es decir, que todas las mercancías se

producen para el mercado, y no para el consumo inmediato, y que la productividad del trabajo se eleva en la misma medida—, también se desarrollan cada vez más diferencias materiales entre los trabajadores productivos e inproductivos, ya que los primeros, aparte de excepciones de menor importancia, producirán con exclusividad *mercancías*, en tanto que los segundos, con excepciones menores, sólo ejecutarán servicios personales. Por lo tanto, la primera clase producirá riqueza inmediata, material, consistente en *mercancías*, todas las mercancías, salvo las que constituyen la propia fuerza de trabajo. Este es uno de los aspectos que llevan a Adam Smith a formular otros puntos de diferencia, además del primero, y a determinar en principio la distinción específica entre el trabajo productivo y el improductivo. Así, pues, luego de seguir distintas asociaciones de ideas. dice:

El trabajo de un criado [como cosa distinta del de un manufacturero] *no aumenta el valor de nada... Jamás se reponen* los medios de subsistencia de un criado. Un hombre se enriquece cuando emplea a una multitud de manufactureros; se empobrece si mantiene a una multitud de criados. Pero *el trabajo de estos últimos tiene su valor*, y merece su recompensa, tal como el de los primeros. Mas el trabajo de los manufactureros *se fija y realiza en algún objeto especial o mercancía vendible, que dura por lo menos cierto tiempo después de realizado este trabajo*. Es, por así decirlo, cierta cantidad de trabajo acumulada y acopiada para emplearla, si es necesario, en alguna otra ocasión. Ese objeto, o lo que es igual, su precio, puede poner después en movimiento, si es necesario, una cantidad de trabajo igual a la que lo produjo al comienzo. El trabajo del criado, por el contrario, *no se fija ni realiza en ningún objeto especial o mercancía vendible*. Sus servicios *perecen por lo general en el instante mismo en que se ejecutan, y pocas veces dejan rastros o valor detrás de*

ellos, con los cuales sea posible procurarse después una cantidad igual de servicios. El trabajo de alguno de los órdenes más respetables de la sociedad es, como el de los criados, improductivo de [...] valor, y no se fija o realiza en ningún objeto permanente o mercancía vendible. (loc. cit., págs. 93-94, passim)

Para definir al trabajador improductivo tenemos aquí las siguientes determinantes, que al mismo tiempo revelan los eslabones del hilo del pensamiento de Adam Smith:

[El trabajo del trabajador improductivo] no “produce [...] valor”, “no agrega nada al valor”, “jamás se reponen los medios de subsistencia” [del trabajador improductivo], “*no se fija o realiza en ningún objeto especial o mercancía vendible*”. Por el contrario, “sus servicios parecen por lo general en el instante mismo en que se ejecutan; y pocas veces dejan rastros o valor alguno detrás de ellos, con los cuales sea posible procurarse *después* una cantidad igual de servicios”. Por último, su trabajo “no se fija o realiza *en ningún objeto permanente o mercancía vendible*”.

En este caso, “productor de valor” o “improductivo de valor” se usa en un sentido distinto a aquel en el cual se utilizaron al principio estos términos. Ya no se hace referencia a la producción de una plusvalía, que en sí misma implica la reproducción de un equivalente por el valor consumido. De acuerdo con esta presentación, el trabajo de un obrero se denomina productivo en la medida en que repone el valor consumido por medio de un equivalente, por el agregado a cualquier material, gracias a su trabajo, de una cantidad de valor igual a la que contenían sus salarios. Aquí queda abandonada la definición por la forma social, la determinación de los trabajadores productivos e improductivos por la relación con la producción capitalista. En el capítulo IX del Libro IV (donde Adam Smith critica la

doctrina de los fisiócratas) puede verse que llegó a cometer esta aberración como resultado, en parte, de su oposición a los fisiócratas, y en parte bajo la influencia de éstos. Si un trabajador no hace más que reponer todos los años el equivalente de su salario, entonces, para el capitalista, no es un trabajador productivo. En verdad repone su salario, el precio de compra de su trabajo. Pero la transacción es en absoluto la misma que si el capitalista hubiese comprado la mercancía que produce dicho trabajador. Paga el trabajo contenido en el capital constante y en los salarios. Posee, en forma de mercancía, la misma cantidad de trabajo que antes tenía en forma de dinero. De esta manera, su dinero no se convierte en capital. En este caso es lo mismo que si el propio trabajador fuese dueño de sus condiciones de producción. Debe deducir todos los años el valor de las condiciones de producción del valor de su producto anual, a fin de reponerlas. Lo que consumió o puede consumir anualmente sería la porción del valor de su producto igual al nuevo trabajo agregado a su capital constante durante el año. Por lo tanto, en este caso, no se trataría de una producción capitalista.

La primera razón para que Adam Smith llame “productivo” este tipo de trabajo es que los fisiócratas lo denominan “*stérile*”² y “*non-productive*”³.

Así Adam Smith nos dice en el capítulo a que nos referimos:

Primero, esta clase [es decir, las clases industriales, que no se dedican a la agricultura], y así se la reconoce [por los fisiócratas], *reproduce todos años el valor* de su propio consumo anual y continúa, por lo menos, la existencia del fondo o capital que *la mantiene* y emplea... En verdad, los arrendatarios y trabajadores agrícolas reproducen todos los años, por encima de los fondos que los mantienen y emplean, un *producto neto*, una

2. Estéril. (Ed.)

3. Improductivo. (Ed.)

renta libre para el terrateniente... Por cierto que el trabajo de arrendatarios y obreros agrícolas es más productivo que el de los comerciantes, artífices y manufactureros. Sin embargo, el producto superior de una clase no hace que la otra sea *estéril o improductiva*. [*Wealth of Nations*, edición OUP, Vol. II, págs. 294-295], [Garnier], *loc. cit.*, t. III, pág. 530)

Aquí, pues, Adam Smith vuelve al punto de vista fisiocrático. El verdadero “trabajo productivo” que produce plusvalía, y por lo tanto un “producto neto”, es el trabajo agrícola. Abandona su concepción de la plusvalía y acepta la de los fisiócratas. Al mismo tiempo afirma, contra éstos, que el trabajo manufacturero (y según él, también el comercial) es, sin embargo, igualmente productivo, aunque no en ese sentido más elevado de la palabra. Por lo tanto abandona la definición por la forma social, la definición de lo que un “trabajador productivo” es desde el punto de vista de la producción capitalista, y afirma, en oposición a los fisiócratas, que la clase no agrícola, industrial, reproduce su propio salario, es decir, en definitiva, produce un valor igual a que consume, con lo cual “continúa”, por lo menos, la existencia del fondo o capital que emplea”. De aquí surge, bajo la influencia de los fisiócratas y en contradicción con éstos, su segunda definición de lo que es “trabajo productivo”.

En segundo lugar —dice Adam Smith—, parece, en este sentido, desde todo punto de vista inadecuado considerar a los artífices, manufactureros y comerciantes en un pie de igualdad con los criados. *El trabajo de los criados no continúa la existencia del fondo que los mantiene y emplea. Su mantenimiento y empleo se hace por completo a expensas de sus amos, y el trabajo que realizan no es de naturaleza tal que reponga los gastos. Este trabajo consiste en servicios que por lo general perecen en el instante mismo de su ejecución, y no se fija ni realiza en ninguna*

mercancía vendible, que pueda reponer el valor de sus salarios y sustento. Por el contrario, el trabajo de artífices, manufactureros y comerciantes se fija y realiza, como es natural, en alguna mercancía vendible. En este sentido, en el capítulo en que trato del *trabajo productivo e improductivo*, clasifiqué a los artífices, manufactureros y comerciantes entre los trabajadores *productivos*, y a los criados entre los *estériles o improductivos*. ([*Ibid.*, pág. 295], [Garnier], *loc. cit.*, pág. 531)

En cuanto el capital domina al conjunto de la producción, la renta, en la medida en que se intercambia por trabajo, no se intercambiará de manera directa por el trabajo que produce *mercancías*, sino por simples *servicios*. Se cambia en parte por *mercancías* que deben servir como valores de uso, y en parte por *servicios*, que como tales se consumen como valores de uso.

Una *mercancía* —como cosa distinta de la propia fuerza de trabajo— es una cosa material que se enfrenta al hombre, una cosa de cierta utilidad para él, en el cual se fija o materializa una cantidad definida de trabajo.

De modo que llegamos a la definición ya contenida en esencia en el punto I: un trabajador productivo es aquel cuyo trabajo *produce mercancías*; y en verdad que dicho trabajador no consume más mercancías de las que produce, de las que cuesta su trabajo. Su trabajo se fija y realiza “*en algunas de esas mercancías vendibles*”, “*en cualquier mercancía vendible que reponga el valor de sus salarios y medios de sustento*” (es decir, de los obreros que produjeron esas mercancías). Al crear mercancías, el trabajador productivo reproduce de manera constante el capital variable que de modo constante consume en forma de salarios. En forma constante crea el fondo que le paga, “que lo mantiene y emplea”.

En primer lugar. Es claro que Adam Smith incluye en el trabajo que se fija o realiza en una mercancía vendible y cambiable todos los

trabajos intelectuales que se consumen de modo directo en la producción material. No sólo el obrero que trabaja directamente con las manos o con una máquina, sino el cuidador, el ingeniero, el administrador, el empleado, etc.; en una palabra, el trabajo de todo el personal necesario en determinada esfera de la producción material para crear cierta mercancía, cuyo trabajo conjunto (cooperación) hace falta para la producción de mercancías. En rigor, agregan su trabajo conjunto al capital constante, y aumentan el valor del producto en ese monto. (¿Hasta qué punto rige esto para los banqueros, etcétera?”)

En segundo lugar, Adam Smith dice que en conjunto, “por lo general”, no ocurre así con el trabajo de los obreros improductivos. Aunque el capital haya conquistado la producción material, y por lo tanto, en general, haya desaparecido la industria doméstica, y la industria del pequeño artesano que crea valores de uso en forma directa, para el consumidor, en su hogar; aun así, Adam Smith sabe muy bien que la costurera a quien hago venir a mi casa para coser camisas, o los obreros que reparan muebles, o la criada que frota y limpia la casa, etc., o el cocinero que da a la carne y otras cosas su forma comestible, fijan su trabajo en una cosa, y en realidad aumentan el valor de dichas cosas, tal como la costurera que cose en una fábrica, el mecánico que repara una máquina, los trabajadores que la limpian o el cocinero que cocina en un hotel como asalariado de un capitalista. Además, en potencia, estos valores de uso son mercancías; las camisas pueden enviarse a la casa de empeños, la casa vuelta a vender, los muebles subastados, etc. De tal manera, en potencia, estas personas también han producido mercancías y agregado valor a los objetos con que trabajaron. Pero se trata de una muy pequeña categoría entre los trabajadores improductivos, y nada de ello rige para la masa de criados o para los curas, funcionarios gubernamentales, soldados, músicos, etcétera.

Pero por grande o pequeña que sea la cantidad de estos “trabajadores improductivos”, al menos resulta evidente —y se admite en la limitación expresada en la frase “servicios que *por lo general* perecen en el instante mismo de su ejecución”, etc.— que ni el tipo especial del trabajo, ni la forma exterior de su producto, lo convierten por

fuerza en “productivo” o “improductivo”. El mismo trabajo puede ser productivo cuando lo compro como capitalista, como productor, a fin de crear más valor, e improductivo cuando lo compro como consumidor, como inversor de rentas, para consumir su valor de uso, no importa que este valor de uso perezca con la actividad de la propia fuerza de trabajo o se materialice y fije en un objeto.

El cocinero del hotel produce una mercancía para la persona que como capitalista compró su trabajo: el propietario del hotel; el consumidor de las chuletas de cordero tiene que pagarle su trabajo, y este trabajo repone al propietario del hotel (aparte de la ganancia) el fondo con el cual continúa pagando al cocinero. Por otro lado, si compro el trabajo de una cocinera para que cocine carne, etc., para mí, no para utilizarlo como trabajo en general, sino para gozar de él, para utilizarlo como ese tipo concreto de trabajo especial, entonces ese trabajo es improductivo, a pesar de que se fija en un producto material e igualmente podría ser (en su resultado) una mercancía vendible como en la práctica lo es para el propietario del hotel. Pero la gran diferencia (la diferencia conceptual) sigue en pie: el cocinero no me repone a mí (individuo) el fondo con que le pago, porque compro su trabajo, no como elemento creador de valor, sino nada más que con vistas a su valor de uso. Su trabajo me repone tan poco el fondo con que lo pago, es decir, su salario, como, por ejemplo, la cena que como en el hotel me permite por sí misma volver a comprar y comer esa misma cena por segunda vez. Pero esta distinción también se encuentra entre las mercancías. La mercancía que el capitalista compra para reponer su capital constante (por ejemplo, el material algodón, si es un impresor de telas de algodón) repone su valor en la tela impresa. Pero si por otra parte la compra para consumir el algodón mismo, entonces la mercancía no repone su inversión.

La mayor parte de la sociedad, es decir, la clase trabajadora, debe ejecutar, de paso, este tipo de trabajo para sí misma; pero sólo puede ejecutarlo cuando trabajó “productivamente”. Sólo puede cocinar carne para sí cuando produjo un salario con el cual pagarla: y sólo puede mantener sus muebles y viviendas limpios., lustrarse el calzado, cuando produjo el valor de los muebles, el alquiler de la casa y

el calzado. Por lo tanto, para esta clase de trabajadores productivos, el trabajo que pueden ejecutar para sí mismos aparece como “un trabajo improductivo”. Este trabajo improductivo jamás les permite repetirlo por segunda vez, a menos de que antes hayan trabajado de manera productiva.

Tercero. Por otro lado; un empresario de teatros, de conciertos, de burdeles, etc., compra el derecho a disponer en forma temporaria de la fuerza de trabajo de los actores, músicos, prostitutas, etc.; en rigor, de manera indirecta, esto sólo tiene un interés económico formal. En su resultado, el proceso es el mismo: compra el así llamado “trabajo improductivo”, cuyos “servicios perecen en el instante mismo de su ejecución” y que no se fijan o realizan “en ningún objeto permanente [también se usa “especial”] o mercancía vendible” (aparte de ellos mismos). La venta de esos servicios al público les proporciona salarios y ganancia. Y tales servicios, comprados de esa manera por él, le permiten volver a comprarlos; es decir, ellos mismos renuevan el fondo con el cual se los paga. Lo mismo rige, por ejemplo, respecto del trabajo de los empleados que ocupa un abogado en su bufete, aparte del hecho de que estos servicios, por lo general, también se encarnan en muy abultados “objetos especiales”, en la forma de inmensos legajos de documentos.

Es cierto que estos servicios se pagan al empresario con la renta del público. Pero no menos cierto es que ello también rige para todos los productos, en la medida en que ingresan en el consumo individual. Es verdad que el país no puede exportar esos servicios como tales, pero puede exportar a quienes ejecutan el servicio. De ese modo, Francia exporta profesores de danza, cocineros, etc., y Alemania maestros de escuela. Pero con la exportación del maestro de danzas o del maestro de escuela también se exporta su renta, en tanto que la exportación de zapatos de baile y libros hace que su valor retorne al país.

En consecuencia, si por un lado una porción del llamado trabajo improductivo se encarna en valores de uso materiales que igualmente podrían ser mercancías (mercancías vendibles), por el otro una parte de los servicios, en el sentido estricto de que no adoptan una

forma objetiva –de que no tienen existencia como cosas separadas de quienes ejecutan los servicios, y no integran una mercancía como parte componente de su valor–, pueden ser comprados con capital (por el comprador *inmediato* del trabajo), reponer sus propios salarios y rendirle una ganancia. En una palabra, la producción de estos servicios puede subsumirse en parte bajo el capital, tal como una porción del trabajo que se encarna en cosas útiles se compra de manera directa con la renta y no se subsume bajo la producción capitalista.

Cuarto. Todo el mundo de las “mercancías” puede dividirse en dos grandes sectores. Primero, la fuerza de trabajo; segundo, las mercancías, como cosas distintas de la fuerza de trabajo. En cuanto a la compra de servicios tales como los de aquellos que adiestran a la fuerza de trabajo, la mantienen o modifican, etc., en una palabra, le dan una forma especializada o inclusive la conservan –por ejemplo, el servicio del maestro de escuela, en la medida en que es “industrialmente necesario” o útil; el del médico, en la medida en que mantiene la salud y por lo tanto conserva la fuente de todos los valores, la propia fuerza de trabajo–, se trata de servicios que rinden “una mercancía vendible, etc.”, a saber, la propia fuerza de trabajo, en cuyos costos de producción o reproducción entran dichos servicios. Pero Adam Smith sabía cuán poco entra la “educación” en los costos de producción de la masa de trabajadores. Y de cualquier manera, los servicios del médico pertenecen a los *faux frais*⁴ de la producción. Se los puede contar como el costo de reparaciones de la fuerza de trabajo. Supongamos que los salarios y la ganancia descienden de manera simultánea en su valor total, sea cual fuere la causa (por ejemplo, porque la nación se ha vuelto perezosa) y en su valor de uso (porque el trabajo se ha vuelto menos productivo debido a malas cosechas, etc.); en una palabra, que la parte del producto cuyo valor es igual a la renta declina, porque se agregó menos trabajo nuevo el año anterior, y porque el trabajo agregado fue menos productivo. En tales condiciones, si el capitalista y el trabajador quisieran consumir en cosas materiales el mismo monto de

4. Gastos incidentales, es decir, “simples gastos inversiones improductivas, ya sea de trabajo vivo o del trabajo materializado”. (Marx). (Ed.)

valor que consumían antes, tendrían que comprar menos servicios del médico, maestro de escuela, etc. Y si se vieran obligados a seguir efectuando la misma inversión por estos servicios, entonces debería limitar sus consumos de otras cosas. Por lo tanto resulta claro que el trabajo del médico y el maestro de escuela no crean en forma directa el fondo con el cual se les paga, aunque sus trabajos entran en los costos de producción del fondo que crea todos los valores; a saber, los costos de producción de la fuerza de trabajo.

Adam Smith continúa:

En tercer lugar, parece incorrecto, según todas las suposiciones, decir que el trabajo de los artífices, manufactureros y comerciantes no aumenta la *renta real* de la sociedad. Aunque supusiéramos, por ejemplo, como parece suponerse en este sistema, que el valor del consumo diario, mensual y anual de esta clase es exactamente igual al de su producción diaria, mensual y anual, no se seguiría de ello, sin embargo, que su valor nada agrega a la renta real, al valor real del producto anual de la tierra y al trabajo de la sociedad. Por ejemplo, un artífice que en los primeros seis meses posteriores a la cosecha ejecuta trabajo por valor de diez esterlinas, aunque al mismo tiempo deba consumir trigo por valor de diez esterlinas, lo mismo que otros elementos necesarios, agrega en verdad del valor de 10 esterlinas al producto anual de la tierra y el trabajo de la sociedad. Mientras consumió una renta semestral por valor de diez esterlinas de trigo y otros elementos necesarios, produjo un valor igual de trabajo, capaz de comprar, para él o para cualquier otra persona, una renta igual, semestral. Por lo tanto, el valor de lo que se consumió y se produjo durante esos seis meses es igual, no a diez, sino a veinte esterlinas. En verdad

es posible que nunca hayan existido más de diez esterlinas de ese valor el momento alguno. Pero si las diez esterlinas de trigo y otros elementos necesarios que consumió el artífice hubieran sido consumidos por un soldado, o por un criado, el valor de la parte del producto anual que existía al final de los seis meses habría sido diez esterlinas menor de lo que es en la realidad, a consecuencia del trabajo del artesano. Por lo tanto, aunque el valor de lo que éste produce no debe suponerse, en momento alguno, mayor del valor que consume, en cualquier momento que se lo tome el valor de las mercancías realmente existentes en el mercado es, a consecuencia de lo que produce mayor de lo que ocurriría de otra manera. ([*Wealth of Nations*, edición OUP, vol. II, págs. 295-296], [Garnier], *loc. cit.*, t. III, págs. 531-533)

El valor [total] de las mercancías que en cualquier momento se encuentran en el mercado, ¿no es mayor, como resultado del “trabajo improductivo”, de lo que lo sería sin ese trabajo? ¿Acaso no existen también, en todo momento, en el mercado, junto con el trigo y la carne, etc.; prostitutas, abogados, sermones, conciertos, teatros, soldados, políticos, etc.? Y estos mozos y mozas no reciben el trigo y otros elementos necesarios o placeres por nada. En compensación nos dan sus servicios, o nos acosan con ellos, y como tales servicios, poseen un valor de uso y debido a su producción también cuestan un valor de cambio. Vistos como artículos consumibles, hay en todo momento, junto con los artículos consumibles que existen en forma de mercancías, una cantidad de artículos consumibles en forma de servicios. Por consiguiente la cantidad de artículos consumibles es, en todo momento, mayor de lo que sería sin los servicios consumibles. Pero en segundo término, también el valor es mayor; pues es igual al de las mercancías que se entregan por dichos servicios, e igual al valor de estos. Dado que aquí, como en cualquier inter-

cambio de mercancía por mercancía, se entrega igual valor por igual valor, el mismo valor está presente, entonces, dos veces: una del lado del comprador y otro de lado del vendedor.

Adam Smith sigue diciendo, con referencia a los fisiócratas:

Cuándo los defensores de este sistema afirman que el *consumo* de artesanos, manufactureros y comerciantes *es igual al valor de lo que producen*, es probable que sólo quieran decir que *su renta, o el fondo destinado a su consumo, es igual a esto*” [es decir, al valor de lo que producen]. ([*Ibid.*, pág. 296],], [Garnier], *loc. cit.*, pág. 533)

En este sentido los fisiócratas tenían razón en relación con los trabajadores y los empleadores tomados juntos, pues la renta sólo es una categoría especial de la ganancia de estos últimos.>

Adam Smith señala en la misma ocasión —es decir, en su crítica de los fisiócratas—, Libro IV, cap. IX, (ed. Garnier, t. III):

El producto anual de la tierra y el trabajo de cualquier sociedad sólo puede aumentarse de dos maneras; o bien, *primero*, por algún *perfeccionamiento en la capacidad productiva del trabajo útil* que concretamente se realice en ella; o, en *segundo término*, por algún *aumento de la cantidad de ese trabajo*. El mejoramiento de la capacidad productiva del trabajo útil depende, primero, *del mejoramiento de la capacidad del trabajador*; y en segundo lugar, *del de la maquinaria con que trabaja...* El aumento de la cantidad de trabajo útil empleado en la práctica en cualquier sociedad debe depender conjuntamente *del aumento del capital que lo emplea; y el aumento de este capital, a su vez, tiene que ser*

exactamente igual al monto de los ahorros sobre la renta, ya sea de los individuos que administran y dirigen el empleo de ese capital, o de algunas otras personas que se lo prestan. ([Ibíd., pág. 297], [Garnier], págs. 534-535)

Aquí tenemos un doble círculo vicioso. *Primero*: el producto anual se aumenta por una mayor productividad del trabajo. Todos los medios para aumentar esta productividad (en la medida en que no se debe a accidentes de la naturaleza tales como una temporada muy favorable, etc.) exigen un aumento del capital. Pero para aumentar el capital es preciso acrecentar el producto anual del trabajo. Primer círculo. *Segundo*: el trabajo anual puede aumentarse mediante un acrecentamiento de la cantidad de trabajo empleado. Pero la cantidad de trabajo empleado sólo puede aumentarse si primero se acrecienta el capital que lo emplea. Segundo círculo. Adam Smith sale de los dos círculos viciosos por medio de los “*ahorros*”, con lo cual se refiere en rigor a la transformación de la renta en capital.

Ya es erróneo en sí mismo pensar en toda la ganancia como en una “renta” para el capitalista. Por el contrario, la ley de la producción capitalista exige que una parte del sobre trabajo, del trabajo no pagado, ejecutado por el obrero, se convierta en capital. Cuando el capitalista aislado funciona como capitalista —es decir, como funcionario del capital—, es posible que el mismo lo considere un ahorro; pero también se le parece como un necesario fondo de reserva. Pero el aumento de la cantidad de trabajo no depende sólo del número de trabajadores, sino también de la duración de la jornada de trabajo. En consecuencia, la cantidad de trabajo puede aumentarse sin acrecentar la parte del capital que se convierte en salario. De la misma manera, según esta suposición no habría necesidad de aumentar la maquinaria, etc. (aunque se desgastaría con más rapidez; pero esto no establece diferencia ninguna). Lo único que habría que acrecentar es la parte de materia prima que se resuelve en simiente, etc. Y sigue siendo cierto que, si se toma un solo país (excluido el comercio exterior), el sobretrabajo debe aplicarse primero a la agricultura, antes que en la industria resulte posible obtener la materia

prima de la agricultura. Una parte de estas materias primas, tal es como el carbón, el hierro, la madera, el pescado, etc. (este último, por ejemplo, como abono); en una palabra, todos los fertilizantes distintos de los abonos animales, sólo pueden obtenerse por el simple aumento del trabajo (en tanto que la cantidad de trabajadores se mantiene invariable). Por lo tanto, no puede haber falta de éstos. Por otro lado, arriba se mostró que en su origen el aumento de la productividad siempre presupone no más que la concentración del capital, y no la acumulación de éste. Pero más tarde cada proceso complementa al otro.

La razón de que los fisiócratas predicasen el *laissez faire, laissez passer*, en una palabra la libre competencia, se expone de manera correcta en los siguientes pasajes de Adam Smith:

El intercambio que se lleva acabo entre estos dos grupos distintos de personas [el campo y la ciudad] consiste en definitiva en cierta cantidad de producto tosco cambiado por cierta cantidad de producto manufacturado. Por ende, cuanto más caro este último, más barato el primero; y todo lo que en cualquier país tiende a elevar el precio del producto manufacturado, tiende a reducir el del producto bruto de la tierra, y por lo tanto a desalentar la agricultura.

Pero todas las trabas y restricciones impuestas a las manufacturas y el comercio exterior encarecen las mercancías manufacturadas, etc. Por lo tanto, etc. (Smith [*Ibid.*, pág. 308], [traducción Garnier], *loc. cit.*, págs 554-556).

La segunda concepción de Smith sobre el “trabajo productivo” e “improductivo” –o más bien, la concepción entrelazada con la otra– se reduce, pues, a lo siguiente: el primero es trabajo que produce *mercancías*, el segundo trabajo que no produce “mercancía alguna”. No niega que un tipo de trabajo, lo mismo que el otro, *sea una mercancía*. Véase más arriba: “El trabajo de estos últimos... tiene

su valor, y merece su recompensa, tal como el de los primeros” (es decir, desde el punto de vista económico; no se trata de puntos de vista morales u otros, ni en el caso de uno, ni en el del otro tipo de trabajo). Pero el concepto de mercancía implica que el trabajo encarna, materializa, se realiza en su producto. El trabajo mismo, en su ser inmediato, en su existencia viva, no puede concebirse de manera directa como una mercancía, sino sólo como fuerza de trabajo, de la cual el trabajo mismo es la manifestación temporaria. Así como sólo de esta manera puede explicarse el trabajo asalariado en su verdadero sentido, así también ocurre con el “trabajo improductivo”, que Adam Smith define siempre por los costos de producción necesarios para producir “al trabajador improductivo”. Por ello, una *mercancía* debe concebirse como algo distinto del trabajo mismo. Pero entonces el mundo de las mercancías se divide en dos grandes categorías:

Por un lado, la fuerza de trabajo;
Por el otro, las mercancías mismas.

La materialización, etc., del trabajo, no debe tomarse, sin embargo, en un sentido tan escocés como aquel en el cual lo concibe Adam Smith. Cuando hablamos de la mercancía como materialización del trabajo —en el sentido de su valor de cambio— éste, por sí mismo, no es más que un modo de existencia imaginario, es decir, puramente social, de la mercancía, que nada tiene que ver con su realidad corpórea. Se la concibe como una cantidad definida de su trabajo social o de dinero. Es posible que el trabajo concreto del cual es resultado no deje rastro alguno en ella. En las mercancías manufacturadas este rastro se mantiene en la forma exterior que se da a la materia prima. En la agricultura, etc., aunque la forma que se otorga la mercancía, por ejemplo el trigo o las vacas, etc., es también el producto del trabajo humano, y por cierto que de trabajo transmitido y agregado de generación en generación, ello no resulta evidente en el producto. En otras formas de trabajo industrial, el objetivo del trabajo no consiste en modo alguno en alterar la forma de la cosa, sino sólo en su ubicación. Por ejemplo, cuando una mercancía se lleva de China a Inglaterra, etc., no puede verse en la cosa misma huella alguna del trabajo involucrado (salvo en el caso de quienes recuerdan que no se trata de un producto inglés). Por lo tanto, la materialización del

trabajo en la mercancía no debe entenderse de esa manera. (La mis-
tificación surge aquí del hecho de que una relación social aparece en
forma de una cosa).

Pero sigue siendo cierto que la mercancía aparece como trabajo pa-
sado, objetivizado, y que por consiguiente, si no aparece en la forma
de una cosa, solo puede aparecer en la forma de la propia fuerza de
trabajo, pero nunca, de modo directo, como el propio trabajo vivo
(salvo, solo en una forma indirecta, que en la práctica parece ser la
misma, pero cuyo significado reside en la determinación de distintas
tasas de salario). Por eso el trabajo productivo sería el que produce
mercancías o de manera directa crea, a diestra, desarrolla, mantiene
o reproduce la propia fuerza de trabajo. Adam Smith excluye a la
segunda de su categoría de trabajo productivo; y lo hace con arbitra-
riedad, pero con cierto instinto correcto; si le incluyese, ello abriría
las compuertas de falsas pretensiones al título de trabajo productivo.

Así, pues, en la medida en que prescindimos de la propia fuerza
de trabajo, el productivo es trabajo que crea mercancías, productos
materiales, cuya producción ha costado una cantidad definida de
trabajo o de tiempo de trabajo. Éstos productos materiales abarcan
todos los productos del arte y la ciencia, los libros, los cuadros, las
estatuas, etc., en la medida en que adoptan la forma de cosas. Pero
además el producto del trabajo debe ser una *mercancía*, en el senti-
do de ser “alguna mercancía vendible”, es decir, una mercancía en
su primera forma, que aún tiene que pasar por su metamorfosis.
(Un manufacturero puede construir una máquina si no consigue
una construida en ninguna otra parte, y no para venderla, sino para
usarla como valor de uso. Pero después la desgasta como parte de
su capital constante, y por lo tanto la vende de a fragmentos en la
forma del producto que ayudó a elaborar).

Ciertos trabajos de los creados pueden, entonces, adoptar también
la forma de *mercancías* (en potencia), y aún de los mismos valores
de uso considerados como objetos materiales. Pero no son trabajo
productivo, porque en rigor no producen “mercancías”, sino “*valores
de uso*” inmediatos. En cuanto a los trabajos que son productivos para

su comprador o para quien los emplea –como por ejemplo el trabajo del actor para el empresario teatral–, el hecho de qué el comprador no pueda venderlos al público en la forma de mercancías, sino en la forma de la acción misma, mostraría que son trabajos improductivos.

Aparte de tal escasos, el trabajo productivo es el que crea *mercancías*, y el *trabajo improductivo* el que produce servicios personales. El primero se representa en una cosa vendible; el segundo debe consumirse mientras se lo ejecuta. El primero abarca (aparte del trabajo que crea la propia fuerza de trabajo) toda la riqueza material e intelectual –la carne tanto como los libros– que existe en forma de cosas; el segundo abarca todos los trabajos que satisfacen una necesidad imaginaria o real del individuo, o inclusive las que se imponen al individuo contra su voluntad.

La *mercancía* es la forma más elemental de la riqueza burguesa. La explicación del “trabajo productivo” como trabajo que produce “mercancías” también corresponde, pues, a un punto de vista mucho más elemental que el que define el trabajo productivo como trabajo que produce capital.

Los oponentes de Adam Smith hicieron caso omiso de la primera definición, pertinente, y se concentraron, en cambio, en la segunda, para señalar las inevitables contradicciones e incoherencias a que da lugar. Y sus ataques resultaron tanto más fáciles, cuanto que insistieron en el contenido material del trabajo, y en particular en la exigencia específica de qué el trabajo debe fijarse en un producto más o menos *permanente*. Dentro de un instante veremos qué da origen, en especial a la polémica.

Pero primero este otro punto. Adam Smith dice, acerca del sistema fisiocrático, que su gran mérito consiste en haber representado la riqueza de las naciones como consistente,

no en las riquezas sin consumibles del dinero, sino en los bienes consumibles que produce todos los años el trabajo de la sociedad. ([*Wealt of Nations*, edición OUP, pág. 299], [Garnier], t. III, Libro IV, cap. IX, pág. 538).

Aquí tenemos una deducción de su segunda definición del trabajo productivo. Como es natural, la definición de plusvalía dependía de la forma en que se concibiese el valor. Por lo tanto, en los sistemas monetario y mercantil se la presenta como *dinero*; por los fisiócratas, como el producto de la tierra, como producto agrícola; por último, en los escritos de Adam Smith, como la *mercancía* en general. En la medida en que los fisiócratas se refieren a la sustancia del valor, lo resuelven por entero en su puro valor de uso, (materia, objeto corpóreo), tal como los mercantilistas lo resuelven en la pura forma del valor, la forma en que el producto se *hace manifiesto* como trabajo social general: dinero. En Adam Smith se combinan ambas condiciones de la mercancía: el valor de uso Y el de cambio. Y en consecuencia es productivo todo trabajo que se manifiesta en algún valor de uso, en algún producto útil. El que se trate de trabajo que se manifiesta en el producto ya implica que el producto es igual a una cantidad definida de trabajo social general. En oposición a los fisiócratas, Adam Smith restablece el valor del producto como base esencial de la riqueza burguesa; pero por otro lado despoja al valor de la forma puramente fantástica —la del oro y la plata— en que se aparecía ante los mercantilistas. Toda mercancía es dinero en *sí misma*. Es preciso reconocer que al mismo tiempo Adam Smith retrocede en mayor o menor medida a la concepción mercantilista de la “permanencia”; en una palabra, de la en inconsumibilidad. Podemos recordar el pasaje de Petty (véase mi primer volumen, página 109, en el cual cito la *Political Arithmetic* de Petty), donde la riqueza se valora según la medida en que es imperecedera, más o menos permanente, y al cabo el oro y la plata se ubican por encima de todas las cosas como riqueza que “no es perecedera”.

Adolphe Blanqui (*Histoire de l'économie politique*, Bruselas, 1839, pág. 152) dice [sobre Adam Smith]:

“Al reservar de manera exclusiva la esfera de las *riquezas* a los valores fijados en sustancias materiales, borró del libro de la producción la ilimitada masa de valores inmateriales, hijos del *capital moral* de las naciones civilizadas”, etcétera.

[5. *Vulgarización de la economía política burguesa
en la definición del trabajo productivo*]

La polémica contra la distinción de Adam Smith, entre trabajo productivo e improductivo, se limitó en su mayor parte a los *dii minorum gentium*⁵ (entre quienes, lo que es más, Storch era el más importante). No se la encuentra en la obra de ningún economista de trascendencia, de ninguno acerca de quien pueda decirse que hizo algún descubrimiento en economía política. Son, sin embargo, el caballito de batalla de individuos de segunda fila, y en especial de los pedagogos de poca monta, compiladores y escritores de compendios, así como de *dilettanti* de pluma fácil y vulgarizadores de esa disciplina. Lo que en especial provocó dicha polémica contra Adam Smith fue la siguiente circunstancia.

La gran masa de los llamados obreros de “categoría superior” –tales como los funcionarios estatales, los militares, artistas, médicos, sacerdotes, jueces, abogados, etc.–, algunos de los cuales no sólo no son productivos, sino además en esencia, destructivos, pero que saben cómo apropiarse de una muy grande porción de la riqueza “material”, en parte por medio de la venta de sus mercancías “in-materiales”, y en parte imponiéndolas a otras personas, no encontró el modo alguno agradable que se la relegara *económicamente* a la misma clase que los payasos y los criados, y aparecer apenas como personas que participaban del consumo, parásitos de los productores reales (o más bien agentes de la producción). Esto constituía una singular profanación, precisamente de las funciones que hasta entonces habían estado rodeadas por una aureola y gozado de veneración supersticiosa. En su periodo clásico, la economía política, lo mismo que la propia burguesía en su periodo de *parvenu*, adoptó una muy crítica actitud respecto de la maquinaria del Estado, etc. En una etapa posterior se dio cuenta y –como además se mostró en la práctica– aprendió por experiencia que la necesidad de la combinación social heredada de todas estas clases, que en parte eran por completo improductivas, surgía de su organización misma.

5. Dioses de las tribus menores. (Ed.)

En la medida en que estos “trabajadores improductivos” no producen diversión, de modo que su compra depende por entero de la manera en que la gente de la producción quiere invertir sus salarios o su ganancia; y en la medida, por el contrario, en que son necesarios o se hacen necesarios debido a enfermedades físicas (como los médicos) o debilidades espirituales (como los párrocos), o a consecuencia del conflicto entre intereses privados y nacionales (como los estadistas, todos los abogados, la policía y los soldados), Adam Smith los considera, lo mismo que los propios capitalistas industriales y la clase trabajadora, como gastos de producción incidentales, que por lo tanto deben ser reducidos al mínimo indispensable y conseguidos lo más barato que se pueda. La sociedad burguesa reproduce en su propia forma todo aquello contra lo cual luchó en la forma feudal o absolutista. En primer lugar, entonces, se convierte en tarea principal de los sicofantes de esta sociedad, y en especial de las clases superiores, restablecer, en términos teóricos, inclusive el sector puramente parásito de estos “trabajadores improductivos”, o justificar las exageradas afirmaciones del sector que es indispensable. En verdad se llegó a proclamar la *dependencia* de las clases ideológicas, etc., respecto de los *capitalistas*.

Pero *en segundo término*, un sector de los agentes de producción (de la propia producción material) fueron declarados “improductivos” por uno u otro grupo de los economistas. Por ejemplo el terrateniente, por aquellos economistas que representaban al capital industrial (Ricardo). Otros (verbigracia, Carey) declararon que el comerciante, en el verdadero sentido de la palabra, era un trabajador “improductivo”. Y entonces se presentó inclusive un tercer grupo que declaró que los propios “capitalistas” son improductivos, o que por lo menos trató de reducir sus pretensiones a la riqueza material a “jornales”, es decir, al salario de un “trabajador productivo”. Muchos trabajadores intelectuales parecieron inclinarse a compartir el escepticismo referido al capitalista. Por consiguiente, era ya hora de establecer una conciliación y reconocer la “productividad” de todas las clases no incluidas de manera directa entre los agentes de la producción material. Un favor merece otro, y como en la *Fábula de las abejas*, era preciso establecer que inclusive desde el punto de vista “productivo”, económico, el mundo burgués, con todos sus “traba-

jadores improductivos”, es el mejor de los mundos. Ello resultaba tanto más necesario porque los “trabajadores improductivos”, por su parte, formulaban observaciones críticas respecto de la productividad de las clases que en general habían “*fruges consumere nati*”⁶; o acerca de los agentes de la producción, como los terratenientes, que nada hacen, etc. Pero los que *nada hacen* y sus *parásitos* debían encontrar un lugar en este orden de cosas, el mejor de todos los posibles.

Tercero: Cuando se extendió el dominio del capital, y en rigor las esferas de producción no vinculadas de manera directa con la producción de la riqueza material también llegaron a depender cada vez más de ella —en especial cuando la ciencia positiva (ciencias naturales) se subordinaron a ella como producción material subordinada—, los lacayos sicofánticos de la economía política consideraron que tenían el deber de glorificar y justificar cada una de las esferas de la actividad, mediante la demostración de que estaba “vinculada” con la producción de riqueza material, que eran un medio para ésta. Y honraron a todos convirtiéndolos en “trabajadores productivos” en el sentido “primario”, a saber, un trabajador que trabaja al servicio del capital es útil de una u otra manera para el enriquecimiento del capitalista, etcétera.

En este sentido, inclusive son preferibles personas como Malthus, que defienden directamente la necesidad y utilidad de los “trabajadores *improductivos*” y los parásitos puros.

[(F) EL TRABAJO DE LOS ARTESANOS Y LOS CAMPESINOS EN LA SOCIEDAD CAPITALISTA]

¿Cuál es, entonces, la situación de los artesanos o campesinos independientes, que no emplean trabajadores, y que por lo tanto no producen como capitalistas? O bien, como siempre ocurre en el caso de los campesinos <pero por ejemplo, no en el de un jardinero a quien hago venir a mi casa>, son *productores de mercancías*, y yo les compro a ellos la *mercancía*, en cuyo caso, por ejemplo, no importa que el

6. “Nacido para consumir los frutos”. (Horacio). (Ed.)

artesano la produzca ha pedido en tanto que el campesino produce su oferta según sus medios. En ese sentido, se enfrentan a mí como vendedores de mercancías, no como vendedores de trabajo, y por consiguiente esta relación nada tiene que ver con el intercambio de capital por trabajo. Por lo tanto, tampoco tiene nada que ver con la distinción entre *trabajo productivo e improductivo*, que depende por entero de si el trabajo se intercambia por dinero como dinero, o por dinero como capital. Por lo tanto no pertenecen a la categoría de los *trabajadores productivos* ni de los *improductivos*, aunque producen mercancías. Pero su producción no entra en el modo capitalista de producción.

Es posible que estos productores, que trabajan con sus propios medios de producción, no sólo reproduzcan su fuerza de trabajo, sino que además creen plusvalía, en la medida en que su situación les permita apropiarse de su propio sobretrabajo, o de una parte de él (pues una parte de él les es arrebatada en la forma de impuestos, etc.). Y aquí nos encontramos con una peculiaridad característica de una sociedad en la cual predomina un modo definido de producción, aunque no todas las relaciones productivas se hayan subordinado a él. En la sociedad feudal, por ejemplo (como podemos observarlo mejor en Inglaterra debido a que el sistema del feudalismo se introdujo allí desde Normandía, ya completo, y su forma se imprimió sobre lo que era en muchos sentidos un cimiento social diferente), las relaciones que estaban muy alejadas de la naturaleza del feudalismo adquirieron una forma feudal; por ejemplo, la simple relaciones monetarias, en las cuales no existían huellas de servicios personales mutuos, como entre el señor y el vasallo. Por ejemplo, es una ficción la de que el pequeño campesino tuviese sus tierras en feudo.

Lo mismo ocurre en el modo capitalista de producción. El campesino independiente o el artesano está dividido en dos personas⁷. Como dueño de los medios de producción es capitalista; como trabajador, es su propio asalariado. En consecuencia, como capitalista

7. "En las pequeñas empresas [...] *el empleador es a menudo su propio trabajador*". Storch [*Cours d'économie politique*,] t. I, edición de Petersburgo [pág. 242].

se paga asimismo su salario y extrae su ganancia de su capital; es decir, se explota como asalariado, y se paga, con la plusvalía, el tributo que el trabajo le debe al capital. Es posible que también se pague una tercera porción como terrateniente (renta del suelo), de la misma manera, como lo veremos más adelante, que el capitalista industrial, cuando trabaja con su propio [1329] capital, se paga interés, y lo considera como algo que se debe así mismo, no como capitalista industrial, sino *qua* [como] capitalista puro y simple.

El carácter social determinado de los medios de producción en la producción capitalista —que expresa una *relación de producción* determinada— ha crecido hasta tal punto con la existencia material de esos medios de producción como tales medios de producción —y en el modo de pensamiento de la sociedad burguesa es tan inseparable de esta existencia material—, que es la misma determinación (determinación categórica) se da por supuesto inclusive cuando la relación está en contradicción directa con ello. Los medios de producción se convierten en capital sólo en la medida en que se han separado del trabajador y enfrentan al trabajo como una fuerza independiente. Pero en el caso a que se hace referencia el productor —el trabajador— es el poseedor, el dueño de sus medios de producción. Por lo tanto no son capital, lo mismo que en relación con ellos él no es un asalariado. Sin embargo se los considera capital, y él mismo queda dividido en dos, de modo que *él*, como capitalista, se emplea a sí mismo como asalariado.

En verdad, esta forma de presentarlo, por irracional que pueda parecer a primera vista, es sin embargo correcta hasta tal punto, que en este caso el productor, en realidad, crea su propia plusvalía <según la hipótesis de que vende su mercancía por su valor>, o en otras palabras, sólo su propio valor se materializa en el producto total. Pero el hecho de qué pueda apropiarse *para sí* todo el producto de su trabajo, y que el excedente del valor de su producto por encima del precio medio, por ejemplo de su día de trabajo, no se lo apropie una tercera persona, un *amo*, lo debe, no a su trabajo —que no lo distingue de otros trabajadores—, sino a su propiedad de los medios de producción. Por lo tanto, sólo por medio de su propiedad de éstos



se apodera de su propio sobretarabajo, y en consecuencia tiene consigo mismo, como asalariado, la relación de ser su propio capitalista.

La *separación* aparece como la relación normal en esta sociedad. Por lo tanto, cuando no rige en la realidad, se la supone, y, como se acaba de mostrar, hasta ahora se la supone correctamente. Pues (como cosa distinta, por ejemplo, de la situación en la antigua Roma o en Noruega, o en el noroeste de Estados Unidos) en esta sociedad la *unidad* aparece como accidental, y la *separación* como normal. Y en consecuencia la separación se mantiene como la relación, inclusive cuando una persona une las funciones separadas. Aquí surge de manera muy notable el hecho de que el capitalista como tal no es más que una función del capital, el trabajador una función de la fuerza de trabajo. Pues también es ley la de qué el desarrollo económico distribuye funciones entre distintas personas; y el artesano o el campesino que producen con sus propios medios de producción se convertirían poco a poco, o bien en un pequeño capitalista que también explota el trabajo ajeno, o bien sufrirá la pérdida de sus medios de producción <en el primer caso lo último puede suceder aunque siga siendo su dueño nominal, como ocurre con las hipotecas> y convertirse en un asalariado. Esta es la tendencia en la forma de sociedad en la cual predomina el modo de producción capitalista.

COLECCIÓN ESCUELA DE CUADROS

Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del BMZ (Ministerio Federal para la Cooperación y el Desarrollo Económico de la República Federal de Alemania). Esta publicación o algunas secciones de ella pueden ser utilizadas por otros de manera gratuita, siempre y cuando se proporcione una referencia apropiada a la publicación original. El contenido de la publicación es responsabilidad exclusiva de Para Leer en Libertad AC y no refleja necesariamente la postura de la RLS. Distribución gratuita. Agosto 2023.

**ROSA
LUXEMBURG
STIFTUNG**

Las labores domésticas y los trabajos campesinos cuyas relaciones económicas internas y cuya forma de producir no son ni formal ni materialmente capitalistas pueden estar sometidas al capitalismo si este es la forma general y dominante de la sociedad en que se insertan, configurando con esta inserción oblicua un arreglo sin duda conveniente para el gran dinero.

ARMANDO BARTRA



UTOPIX.EC



**ESCUELA
DE CUADROS**

